

I El peatón
Notas sobre poesía y relatos

Albeiro Montoya Guiral

2019/07/18

I El peaton

AGRADECIMIENTO

A Angélica Rodríguez Vargas por la corrección de estos textos, por acompañarme mientras los escribía como un jaguar antiquísimo al pie de la laguna

A LA MEMORIA

de Ana Luisa Ríos de Guiral, mi abuela, quien me enseñó a sembrar lirios amarillos y por quien tengo pendiente escribir palabras que florezcan

El peaton I

ISBN 978-958-8817-38-5

[http://dx.doi.org/10.18180/relatosI.
978-958-8817-38-5](http://dx.doi.org/10.18180/relatosI.978-958-8817-38-5)

1° Edición

Editorial Universidad ECCI

Edición y diagramación Luz Adriana Suárez
Suárez

www.ecci.edu.co/es/Bogota/publicaciones

Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio

sin la autorización escrita del titular de los
derechos patrimoniales

2020

ÍNDICE GENERAL

Esencialmente poético	1	15El cuerpo muerto de la infancia	19
1. La juventud, esa enfermedad	2	16La imposibilidad del retorno	20
2. En busca de la madre	3	17Regalo del río	21
3. Las palabras que despreció la poesía	4	18La desertora fiel	22
4. Desembocaduras	5	19La paloma y los tres relojes	23
5. Signos contra la muerte	7	20El exilio de la belleza	24
6. ¿Para qué escribir poesía?	8	21La lluvia nos trae a los muertos	26
7. De matarifes y quebrantahuesos	9	22.Una oración por el mal	27
8. Un caballo prestado para leer	10	23Mujer a través de la mañana	29
9. Ella, la Poesía	12	24El aprendiz de tahúr	31
10.Un suicida muerto de viejo	13	25.Caminar es ya tener una casa	33
11.El pajarero inexperto	15	26.Maneras de despedirse	34
12.Luciérnagas en el agua	16	27.Plegaria para Delfina	36
13.Luciérnagas en el agua	17	28.Mark Strand y las aguas de la infancia	38
14.El cuerpo muerto de la infancia	18	29.Melodía humana	40

PROLOGO

ESENCIALMENTE POÉTICO

Yo creía que quería ser poeta, pero en el fondo quería ser poema. Jaime Gil de Biedma

La libertad de un poeta se alcanza hasta que se llega a la última página, esa que logra escribir, pero que no se consigue leer. Para un viaje en un mundo distópico, con una humanidad al borde del caos, el cronista de la belleza asume un papel crucial entre la escritura y la verdad, tan contradictorio como la poesía, ese puente de lágrimas y risas, que da razón y sentido a quien busca, sin tener clara su enfermedad ni su destino, pero dar es plasmar, crear es su cura.

En tiempos de falsos poetas, fabricantes de emociones banales, urgen peatones capaces de retratar el universo, liberarse de nacionalidades, prerrogativas modernas y vacías para encajar en una sociedad que se reconstruye desde la nada. El refugio —desde la infancia— se construye con huellas, lecturas, quimeras, borradores, y un día el milagro de la epifanía se transmuta en poesía, ese páramo desde el cual se comparte el encanto y se demanda la justicia.

Desde allí, todas las interrogantes, inefables valoraciones de la existencia y el destino, sirven para dar cuenta que son más rostros los que nos miran desde el espejo, y entender que la palabra es el vínculo, pero no la poesía. Un poeta es tantos seres como quiera ser, un loco o un revolucionario, un tibio o un mártir, un fantasma y hasta un tahúr —técnicamente— jugándose la vida, deshojando las flores de la infancia.

Para cuando llegan las celebraciones, ya no importan las distancias, el peatón ya no camina solo, es una muchedumbre de versos y ecos, un crescendo ininterrumpido, que se sostiene sobre los recuerdos y el terco porvenir de la esperanza. A su paso orgánico, el poeta es la luz que devuelve brillo, y también la tiza para «dejar escapar los pájaros hacia la noche», y encontrar lo esencialmente poético.

Para *Albeiro Montoya Guiral, mi amigo*

William Alfaro San Salvador, 14 de mayo de 2020

CAPÍTULO 1: LA JUVENTUD, ESA ENFERMEDAD

FRENTE A LOS AÑOS 2001 Y 2002, HUBO en Cabal un grupo de cuatro jóvenes que deliraban por la poesía. Todas las tardes, después de salir del colegio, se reunían en el parque Los Fundadores a leer sus poemas incipientes, a atrofiar los sonidos naturales con los destartalados chillidos de sus guitarras y a tomar vino de caja como si no hubiera un mañana. Y sí que lo hubo, pero no como lo quisieran.

Se quedaban hasta el atardecer. La señal para volver a la casa era la misma de los campesinos: cuando las loras regresaban de su faena solar a su árbol-nido y las veían cruzar el cielo sobre la cúpula del templo de La Milagrosa, se despedían y emprendían su solitaria vida de púberes mártires y suicidas potenciales. Loras que, vaya uno a saber por qué, este grupo confundía con gaviotas.

Leían a Silva y a Barba Jacob en las noches, fantaseaban con ser y morir como ellos. Imaginaban a Santa Rosa de Osos y a Bogotá como grandes metrópolis organizadas y padecían esa extraña forma de la nostalgia que consiste en extrañar lo desconocido. A veces llevaban libros malditos a lecturas improvisadas en el mítico —por lo efímero— Café Raíces donde el anfitrión les invitaba con lástima tinto y chicha, y, a veces, tenía que soportar la tortura de escucharles leer sus propios versos. Noches inolvidables aquellas de trascendentales *tergiversaciones alrededor de nada*.

Una mañana, su profesora de español leyó una efeméride de la prensa sobre Baudelaire. La escucharon con atención mística y silencio reverencial. Desde entonces, no fueron las mismas personas: el vino de caja les pareció anodino en comparación con el opio que no habrían de fumar nunca, se melancolizaron tanto que alertaron a sus familias sobre una inminente calamidad, por lo que les llevaron a médicos que les recetaron paciencia: *la juventud, por fortuna, es una enfermedad que se cura con el tiempo, dijeron, y les llevaron también a grupos de oración muy bien presididos por futuros candidatos a la alcaldía*.

(Para quienes no saben, la alcaldía de Cabal ha sido hasta ahora la mejor escuela de presos ilustres de la región.) Y de verdad que el tiempo no solo curó sus juventudes sino que les curó el mal de la poesía. El mayor del grupo, quien lo había fundado, nunca asistió a las reuniones; uno diría que se trataba de un anarquista nato,

pero tan solo prefería dormir y, en las noches, comer helado con las muchachas. Un perezoso sensato, digamos. Cuando se graduaron del colegio, ingresó a la universidad a estudiar Ingeniería Eléctrica. Ahora es *bartender*, y es feliz.

En orden de edad, el siguiente ingresó al seminario. Al terminar el voto de silencio de siete años, insultó a un compañero por controvertir con osadía un argumento de San Agustín, en su presencia. Por este insulto, no pudo ordenarse como sacerdote, pero sí como filósofo. Y como filósofo, hoy en día, es un buen profesor.

En tercer lugar, Juana se dedicó a la música por mucho tiempo. Nadie podía negar, al escucharla, sobre todo cuando interpretaba los grandes éxitos de Sandro de América, que era una virtuosa auténtica, una de esas personas geniales que no aparece sino cada quinientos años, como Amadeus Hoffman. Una noche de octubre, en medio de la algarabía de las Fiestas de las Araucarias, intentó suicidarse lanzándose desde el Palacio Municipal. Fue detenida a tiempo por la policía y condenada por microtráfico de estupefacientes.

El menor de ellos, en cambio, compró un telar y puso un taller de ponchos que se vendían muy bien en las ferias de los municipios vecinos. Al poco tiempo, compró un nuevo telar, y así, en lo sucesivo, hasta convertirse en una promesa de la pequeña empresa del municipio. Se enamoró de Juliana Carolina y ella, quién sabe, también de él. Le propuso matrimonio y ella aceptó o eso dicen, pero días después, el quince de marzo de 2006, su verdadero esposo apareció y nuestro amigo tuvo que huir de Cabal, dejándoles el taller. Desde entonces no se sabe nada de él. Por fortuna, morirán antes de alcanzar la fama.

CAPÍTULO 2: EN BUSCA DE LA MADRE

«¡Ay, vida, no me mereces!» (204)

POR MÁS QUE ME DIGAN QUE LA BÚSQUEDA de Juan Preciado en «Pedro Páramo» es la del padre, mis ojos lo seguirán viendo por el camino que lleva a Comala detrás de la madre. Ella no tiene el mismo protagonismo en la novela que el personaje de Susana San Juan, revestido de un aire algunas veces sagrado y otras del inútil y aborrecible martirio cristiano, pero propicia el viaje del joven hijo luctuoso hasta la Media Luna. Al hijo le dice que, cuando encuentre a Pedro Páramo, no vaya a pedirle nada: «Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio. . . El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro» (175).

Pareciera pedirle que vaya a saldar una vieja deuda personal con su padre. El muchacho, apenas entra a Comala en compañía de un arriero enrarecido por esa otra forma de la muerte que es la vida, empieza a darse cuenta de que Páramo estará cada vez más lejos, de que por cada paso que dé en sentido a él, mayor será la distancia entre los dos. Pero es la voz de Dolores Preciado la que no dejará de escuchar. Nunca. Sus recuerdos han tomado su voz y lo acompañan: «Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz» (180).

La mujer ha urdido la trama por la que su hijo transitará. Es la tejedora mayor de la historia. Su lanzadera lleva el hilo con precisión inusitada. Se aísla más allá del tiempo que desconocemos los humanos, y que los personajes del mundo de Rulfo no entienden por irrealidad, habitándolo sin remilgar. En un instante, Juan Preciado escucha la añoranza: «No sentir otro sabor sino el del azahar de los naranjos en la tibieza del tiempo» (191).

El hijo alcanza a escucharla pero lo sorprende la muerte; lo sorprende porque le deja con vida. Su cuerpo ya no siente el cansancio del viaje, pero ahora empieza a habitar un lugar distinto donde hace un calor similar al del comal donde se tuesta café o maíz para hacer las tortillas. Ese calor es el de las lágrimas, porque ahora Preciado ha tomado mi cuerpo de lector.

«Allá te acostumbrarás a los derrepentes, mi hijo» (218), oigo que le dicen al otro que ahora vive en mí mientras me defiende frente a esta máquina, mientras mis dedos lloran estas palabras que, si no las escribo, se pudrirían dentro de mí. No vamos a buscar, no vamos a

encontrar a tu padre en estas páginas donde ya somos cómplices. Vamos a buscar a la madre, adentro, en la memoria, en lo que llaman alma, siguiendo sus recuerdos como bestias enfermas que se apresuraran a morir en la noche del desierto.

Aun así, muchacho, no olvides que la vida es peor que la muerte. «Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad [. . .]. Allí, donde al aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo; como si fuera un puro murmullo de la vida. . . » (231), dice la mujer. Y desaparece.

Rulfo, Juan. Obra. Ciudad de México: Fundación Juan Rulfo, 2017.

CAPÍTULO 3: LAS PALABRAS QUE DESPRECIÓ LA POESÍA

En la garganta de un beodo muerto se quedan las palabras que despreció la poesía. Yo las rescato con manos de fantasma Roque Dalton: Las feas palabras, 1962



SCRIBIR POESÍA EN TIEMPOS

de desesperanza podría hacer que haya mayor honestidad? ¿La poesía ha nacido siempre en tiempos de desesperanza? ¿Poeta es la persona que por su naturaleza se resiste a los abusos de cualquier tiranía? Empiezo este texto sobre Roque Dalton con estas preguntas, inocuas tal vez, porque se basan en la certeza del fracaso de la utopía.

La utopía de querer ver en el hecho de hacer versos una importancia como la que tiene la gente que abre surcos en la tierra, que siembra para recoger el alimento de sus semejantes. O cuando menos, una importancia similar a la de quienes desde sus oficios dirigen sus propias vidas, capaces de todo por condimentar la nada y lidiar con la burocracia con que los sistemas les cercan la vida. Ser poeta ya no encierra una correspondencia con la anarquía —de pronto sí con la anarquía individualista que, en estos tiempos, ¿qué podría lograr?— ni una acción política no partidista en sí misma. En el ser poeta no existe el enardecimiento que tuvo en su tiempo Roque Dalton, cuya figura rebasa con creces la categoría de símbolo latinoamericano de la resistencia espiritual, de maldito amado, de palabra incendiada, y pasa a ser un hermano, nuestro hermano Roque, hermano mayor que perdimos en 1975 y que los asesinos desaparecieron en la piedra volcánica. Hermano que nos duele desde entonces y para siempre, «el difunto que duerme en mi costado izquierdo», como diría Héctor Rojas Herazo; el bello desaparecido por el que lloramos cada vez que nuestra familia latinoamericana se intenta reunir en la mesa.

Ya no se logrará nada con hacer poemas, lo sabemos, y lo sabía también Juan Gelman (Confianzas): «con estos versos no harás la Revolución» dice «ni con miles de versos harás la Revolución»

Se logrará de pronto, como quiso Enrique Lihn, habitar el mundo en una permanente «crítica de la noción de realidad» (12), lo que podría representar para quien escribe, y no para su entorno, una manera digna de vivir, hasta cierto punto, entre la algazara de los días donde instante por instante la infamia se reinventa. «El arte —también decía Lihn—, que altera la

realidad y, hasta cierto punto, la cambia, es una forma —la más sutil— de violencia» (11). ¿El poeta chileno aún creía en las micro resistencias y en que la suma de estas podría significar una verdadera lucha social con efectos verdaderos y no simbólicos? Dalton creía que la única salida era tomar las armas: «un buen escritor en una guerrilla está más cerca de todo lo que significa la lucha por el futuro» (30), pero fracasó porque el movimiento al que ingresó en sus últimos años no soportó sus críticas, su cuestionamiento objetivo. El movimiento de izquierda que asesinó a su compañero con vileza y que, aún hoy, mientras se pavonea en el poder de su país, no ha respondido por este hecho, ni siquiera para que el poeta por fin sea enterrado.

En estos tiempos en que se conmemoran los primeros cincuenta años de Taberna y otros lugares, un libro maravilloso, paradigma de nuestra inquietud, de nuestro anhelo libertario... en estos tiempos de no tener a dónde ir, ¿cómo le diríamos al poeta que estamos cercados por la desesperanza? ¿Cómo decirle que justicia y futuro son palabras despreciadas? ¿Con qué cara le diríamos a Roque Dalton que la poesía ha fracasado?

Dalton, Roque. No pronuncies mi nombre. Poesía Completa I. San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 2009.

Lihn, Enrique. Poesía Reunida. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2018.

CAPÍTULO 4: DESEMBOCADURAS

FSTOY VACÍO DE IDEAS A PROPÓSITO del erotismo, y grávido como todos los seres humanos, creo, de experiencias en la sombra, a contraluz, en la extrema y encandilante luminosidad, en la agitación, el desvelo, la rabia, el desencanto. Pero también la plenitud, el largo sueño del amor. La indecible espera. He cruzado los puentes del deseo. Puentes entre dos abismos y, la mayoría de las veces, entre dos montañas cercanas. He aguardado en todas las orillas del amor un desembarco, una carta que sí ha llegado. Sí he tenido quien me escriba, pero jamás me he detenido a pensar en el erotismo, tal vez porque, como diría Juan Manuel Roca: «si un pájaro se pone a pensar por qué está volando, seguramente se cae».

Probado ya el hecho de que he sabido del erotismo en los caminos mas no en el mundo de las ideas, debo admitir que cuando se me pide prologar la edición de la revista *Voices* en torno a este tema, mi cabeza se inclina por esbozar una bagatela acerca de la desfemenización necesaria de la naturaleza, de la sana tarea, de quienes nos dedicamos a la escritura, de no erotizar más a las mujeres en este tipo de textos; pero mi memoria me engaña y solo puede apelar al agua. A Heráclito a través del prisma de Borges: «Somos el tiempo [. . .]/ Somos el agua[. . .]/ Somos el río. . .». Solo puede mi memoria apelar al agua que somos y que intercambiamos en los ámbitos del tiempo. Al agua que somos, en sintonía con la creencia del memorable Capitán Ahab de que los seres humanos provenimos del agua y al agua volveremos, de que todos los caminos conducen al mar donde se columbra el retozo increíble de la ballena blanca de la ilusión.

A lo finito del cuerpo, como planteó Spinoza en su magistral ética geométrica, al decir que lo nuestro es apenas la ridícula concordia entre el *entendimiento y la extensión*, los dos únicos atributos de lo humano con relación a lo divino, con los cuales puede hacerse una idea reducida de este y de su prolongación inconmensurable. Dos gotas ínfimas en un océano sin tiempo, que no pudo ser creado por otra sustancia, sin fin y que, al roce de lo sagrado, rompe e interrumpe la eternidad que es la vida. Que dura lo que el cuerpo dura.

Desembocamos en otros cuerpos y el nuestro es también una desembocadura. El frágil y en apariencia débil hilo de agua que nace cerca de La laguna del buey y que con el paso de su corriente sedienta se va a convertir en el

amoroso y refrenable río Cauca, testigo manso de la invasión española y de la diáspora que iba a mestizar a Antioquia, de la corriente humana y hambrienta que iba a neocolonizar al pueblo Quimbaya que hoy en día no se recuerda por la orfebrería sino por el café, testigo, en fin, de la tragedia que es Colombia, cuerpo fragmentado, calcinado y desaparecido. Río que a su vez desemboca en el Magdalena, altiva y ancha serpiente que atraviesa a Neiva, ciudad solar, como en un relato mítico, solo comparable tal vez con la ostentación de México-Tenochtitlán en la hermana altiplanicie que en el Norte de nuestro continente no pudo defender Moctezuma. Río Magdalena, ser sin tiempo que jamás sufrirá de nostalgia ni envidiará a ningún otro río del mundo.

Pero lo erótico no reside nada más en las corrientes desmedidas ni en los océanos inconmensurables que desnudan, golpean con su mayor ímpetu, arrojan y sacuden a quienes les nadan. También está en las quebradas pequeñas y a veces incluso en la ausencia de los cauces. Después de pasar cabizbajo por la quebrada Ayurá, con su zurriago espanta perros en la mano, en compañía de don Benjamín, rumbo al Eje Cafetero, Fernando González pensó encontrar la conclusión de todo misticismo, decía: «después del coito el ser humano es un animal triste». La no consecución del anhelo, la interrupción y el fracaso de la seducción están dentro del juego. La Ayurá consiguió pasar a fundirse en las aguas del río Medellín, después del encuentro con lo divino, y el filósofo consiguió cruzar a la otra orilla.

«El corazón necesita ausencias para alimentar el deseo», pensó a propósito Gonzalo Arango, un discípulo suyo. Y ya en las riberas del Otún una pájara pinta, Albalucía Ángel, escogió el exilio para pregonar por el mundo la necesidad propia y la de sus semejantes andariegas de construir otra realidad donde sí cupiera la verdadera libertad de las mujeres. Muy cerca de allí, en Santa Rosa de Cabal, tal vez mojando sus pies en la mansedumbre del río Campoalegre, Amílcar Osorio, quien moriría en una laguna de Jericó, Antioquia, iba a acompañar la fundación del Nadaísmo como un movimiento, un oleaje que reconociera por igual a todas las personas que se aman.

Este texto serpenteante desemboca así, querida gente ribereña de la revista *Voices*. Quisiera anclar en sus mentes la imagen de un mundo donde se entienda que lo erótico depende de la perspectiva de quien lo vivencie, mientras

lo vivencie con su autonomía y donde ejerza su libertad. Un mundo donde entendamos las palabras de Jorge Manrique que cumplen ya cinco siglos:

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir». . .

CAPÍTULO 5: SIGNOS CONTRA LA MUERTE

UN SIGNO LLEVA A OTRO Y VIENE de otro en una cadena infinita. El universo, signo de una edificación más grande, está constituido en ínfima porción por cada ser humano, signo a la vez conformado por un lenguaje y una cultura. Allí es donde aparece en el escenario la literatura, indemne de la Historia, exhausta y amable narratófaga, la forma más bella de la memoria.

En esa memoria cabe la ficción y es fotografiada la realidad escurridiza, signos también, almacenados a su vez en una memoria universal, como una biblioteca que lo contiene todo. Cada ser y cada suceso caben allí, cada grito y cada sonrisa, todas las furias humanas, todos los cantos y las derrotas, desde el mismo momento en que alguien valiente sube al monte más alto y consigne en el viento la primera palabra. Esa cadena infinita, que a mi parecer conforma una unidad cultural, se explica por sí misma, gesta su misma vida porque no requiere de una sustitución por algo fuera de sí misma: “Ningún objeto o concepto posee validez inherente o tiene importancia” decía un señor muy compungido a quien los estudiantes tristes llaman Peirce, quien al mismo tiempo que exhibe esta teoría de la semiosis ilimitada, nos abre los ojos a la posible verdad luminosa de que también es un signo la realidad a la que nos oponemos con las fábulas que creamos.

Así, quienes tengan por oficio contar historias tienen la penosa tarea de conectar a todas las mentes, porque representan la memoria de la humanidad, esa memoria que conformamos porque somos personajes de nuestras propias narraciones y porque la literatura es un personaje viviente, exento de los límites del espacio-tiempo. Fabular no choca con ningún confin ni requiere dimensiones experimentadas o pesadas por las ciencias duras.

En la literatura convergemos los humanos de todas las latitudes, reunidos en un mismo sueño y tejidos en un mismo sistema nervioso con la intención de procurar no la inmortalidad, pero sí, al menos, una tregua en nuestro proceso de extinción. La literatura es fútil si la califican; se desbordaría de modo inconmensurable y nos ahogaría si la intentaran medir. Cuando el signo es valorado por su efabilidad, es decir, por su materialidad, pierde luz. Sería más veraz hallar al signo durmiendo sobre un viejo tronco y despertarlo con el impulso de un soplo iridiscente. Tejemos la semiosis infinita y esta nos teje, somos signos tan solo en la urdimbre del tiempo.

CAPÍTULO 6: ¿PARA QUÉ ESCRIBIR POESÍA?

HOY, AL REVISAR LOS APUNTES que guardo en mi taller y aquellos que he hecho públicos, no sin cierta vergüenza, a propósito de la vida en comunión con la poesía y apelando a la memoria, encuentro que he escrito, que escribo poesía para construirme con ella un lugar en el mundo, para mí y para quienes amo; reconstruir las casas perdidas por los incendios del tiempo, olvidar los lugares de paso de donde me han echado en la noche como si se tratara de un animal enfermo, sin justificación; evocar las múltiples casas maternas de donde me he ido en las madrugadas para no volver jamás, perseguido por el miedo o el ansia; en fin, edificar con palabras aquel lugar del que ya no soy y que la gente llama tierra natal y que yo busco sin fatiga por la vida.

Escribo porque me duele el desarraigo propio y ajeno, porque me duele revivir la invasión europea a través de la memoria sobreviviente de cantores floridos, de pintores de códices y de mujeres tejedoras y sabias de los pueblos antiguos de nuestro continente, cuyas consecuencias voraces son tan notorias en nuestro tiempo. Tiempo de muros, de caravanas migrantes, de supuestos libertarios que se alzan contra el pueblo que les ayudó a saber qué es el poder y le mata a sus hijos en abril, de poetas asesinados por sus compañeros de revolución. Tiempo de democraturas, de países con soberanías dobles y gobiernos que resucitan a los guerrilleros para inculparlos de sus propios crímenes.

Escribo para evocar la existencia de seres entrañables, pasajeros, mendigos del recuerdo que, como en la novela de José Eustasio Rivera, «jugaron su corazón al azar y se los ganó la violencia». Quiero celebrar la vida en todo el sentido de la palabra, la Vida que sobrevive, la Naturaleza. Gritar dondequiera que nadie más debe ser asesinado en Colombia. Quiero cantar y exaltar el agua que se agota.

Pregonar la libertad por las calles minadas y los campos vacíos. Escribo poesía porque quiero compartir la palabra alrededor del fuego, deconstruir el tiempo, alcanzar su circularidad. Derrumbar las categorías, las etiquetas. Ser lo que mal han llamado un primitivo. Quiero acercar la poesía a las juventudes para que ya no puedan resistirse a vivir sin un atisbo de belleza, de coraje, de grito inconforme por el bien común.

En este momento de mi vida, en que la errancia fortuita y voluntaria sería acaso la mejor representación de mis días, me encuentro con la pregunta que me hice hace ya más de dos décadas y que solo ahora, creo, podré más o menos responder: ¿para qué escribir poesía? La primera vez que hice versos, encantado por las lecturas de entonces, quizá lo hacía movido por un impulso ciego, por el deseo desbocado de buscar belleza, o lo que entendía por belleza, en las cosas que me parecían dignas de volver canción. Esas cosas sugerentes, en comunicación con lo inefable y cuya piel tenía marcada aún la caricia del tiempo, a la manera de José Asunción Silva en su poema Vejeces: «las sugerencias místicas y raras/ y los perfumes de las cosas viejas». Quería, sin saberlo, el decir puro: darle forma de palabra a la inquietud constante de mi yo campesino, aquel que quiero que sobreviva a pesar de la violencia que le desterró. No sabía, como es natural, para dónde iba.

CAPÍTULO 7: DE MATARIFES Y QUEBRANTAHUESOS

Ser o no ser. . . ni lo uno, ni lo otro.
Cioran

HOY VENGO A HABLARLES DEL DESTINO Mejor dicho, a cuestionarlo. Para ello quisiera evocar dos obras entrañables de la literatura y unas cuantas célebres y absurdas muertes. En Edipo Rey de Sófocles, su protagonista, como es sabido, en su afán de alejarse del parricidio y del incesto que le ha señalado el oráculo, termina encontrándose con estos cara a cara y consumándolos letra a letra. Para limpiar su culpa, a manera de sacrificio, el rey caído en desgracia les ofrece sus propios ojos a los dioses y se va al destierro.

De un modo similar al protagonista de esta tragedia, Esquilo, tal vez el precursor del género o dicho de otro modo uno de los exponentes más altos de la dramaturgia clásica, había visitado el Oráculo de Delfos con intriga por su futuro. Este es implacable: «Morirás aplastado por una casa», le dice. El trágico decide entonces, para evitarlo, del mismo modo en que Edipo decide alejarse de sus apócrifos padres para no agravarlos, irse a vivir al campo, lejos de toda posibilidad de recibir el golpe definitivo del destino. Lo que ignoraba era que la adivinación hablaba en símbolos —siglos después también Macbeth interpretaría mal el designio de ser asesinado cuando los árboles caminaran—, pues un día en que descansaba al aire libre una casa le cayó desde la altura y lo mató. Una casa, sí, la de un animal tan místico como enigmático que a Zenón le quitaría el sueño: una tortuga que el quebrantahuesos dejó caer sobre la grande y calva cabeza del griego, al confundirla con una roca. Esta ave rapaz buscaba romper el caparazón, como era su costumbre, para alimentarse de la carne profanada, y presumo que lo consiguió.

En una versión tropical de la tragedia, con el objetivo de postular una idea del destino inexorable, Gabriel García Márquez crea un personaje edípico y, al mismo tiempo, trasgresor. Santiago Nasar, en Crónica de una muerte anunciada, sale de su casa por la mañana al encuentro de una muerte violenta en las manos de matarifes de los gemelos Vicario. Tanto los lectores, impotentes, como el pueblo en general, impasible —desde el título de la novela, pasando por las primeras páginas—, lo vemos hacer el recorrido previo al crimen y esperamos el encuentro final. Y allí está la trasgresión de García Márquez: su Edipo no está al tanto de su destino sino hasta minutos antes de que le

abran, a puñal, su vientre y se encuentre en las manos el racimo de sus vísceras.

También, sin estar enterado de los pormenores de su final, el 25 de marzo de 1980, Roland Barthes, semiólogo francés de inmensa reputación, murió atropellado en París por el conductor de una furgoneta que había hecho caso omiso de la luz roja del semáforo: había irrespetado un signo. De haber sobrevivido, tal vez el escritor de La muerte del autor se habría reído de este curioso accidente y habría podido interpretar al automóvil como un signo opaco por la poca información que este dejó al huir del lugar.

Con las muertes de Esquilo y Barthes había querido cuestionar la idea del destino en tanto que sentencia divina inevitable, como aparece en la obra de Sófocles, y la idea de este como una confección propia o colectiva que responde a nuestros actos, o al azar, algo notorio en la novela del autor colombiano. Ahora quisiera despedir este texto evocando dos sucesos: el 15 de junio de 2017, una estudiante de enfermería se lanza desde el sexto piso de un hospital de Cali, pero su suicidio no es exitoso porque cae sobre una médica que estaba en la cafetería, quien muere de modo instantáneo. Quizá la estudiante, luego de ser investigada por homicidio culposo, ahora sea feliz —como Cioran— por haber descubierto que la caída es la mejor opción para curarse del inconveniente de haber nacido, aunque al saberlo es mejor no lanzarse. Así, el aforismo del autor rumano cobra mucho sentido cuando lo absurdo aparece para interrumpir una vida: «Ser o no ser. . . ni lo uno, ni lo otro».

El sábado 22 de septiembre de este año, un poeta colombiano fue asesinado en Palermo, Buenos Aires, por su arrendador que entró a medianoche a su habitación y lo encontró dormido con su gato. Los molió a palo. Cuando la policía le preguntó por qué lo había hecho, el hombre de mediana edad, que dormía en la habitación contigua con un perro ciego, y a quien nadie le solía ver en la calle, dijo: «Su modo de soñar me resultaba francamente insoportable». ¡Oh fatalidad! ¡Oh piadosa contingencia!

CAPÍTULO 8: UN CABALLO PRESTADO PARA LEER

HAY UNA PREGUNTA QUE durante varios años me ha angustiado. Cuando llegó a mí apenas me asombró, pero el tiempo la ha ido alimentando como a una quimera baudelairiana de tal manera que su peso no me permite la tranquilidad. Es la pregunta por la lectura. El primer rostro que le vi fue trivial: *¿para qué leer?* Luego, apareció ante mí con una apariencia amenazante: *¿por qué hay personas que no leen?* Al intentar acercarme a posibles respuestas, tuve que apelar a la memoria: escarbar en mí mismo como un gorrión de páramo escarba la ceniza bajo la lluvia. En 1992 estaba en segundo de primaria y era uno de los niños del curso a quien más se le dificultaba aprender a leer y a escribir. Presumo que este aprendizaje no me interesaba porque robar guayabas, interrumpir el sueño de las lombrices o afrontar temerarias lagartijas por los caminos me resultaba, como verán, mucho más atractivo.

La finca cafetera donde vivíamos entonces le hacía bastante honor a su nombre: *El Hoyo*. Estaba ubicada a dos horas a pie de la escuela, escondida detrás de la cima de la montaña desde donde mamá me observaba descender para ir a estudiar, hasta que tanto ella como yo éramos tan solo un punto que desaparecía a lo lejos. Yo tenía seis años y ya estaba aprendiendo, en la práctica, a ser un peatón. Una tarde llegó una visita inesperada. Los niños corrieron por el corredor a mirar y los perros salieron de entre los cafetales a inspeccionar el caballo de color canela que había traído hasta el mismísimo patio de la casa a mi profesora de español. María Luisa se sentó en un extremo del comedor y sorbió un tinto en silencio. Sus manos estaban temblorosas; el vapor que salía de la taza le acariciaba su cabello corto. Cuando mamá logró sacarme de mi escondite y hacerme sentar a un lado de la joven profesora, me dijo: *Vine a insistirte en que aprendas a leer y a escribir*. Desde ese día, durante muchos meses, solo sé que tomaba mi mano para ayudarme a darle forma a las palabras. Yo podía poner sobre el papel un par de letras torcidas pero era ella quien, en realidad, escribía. . . hasta cuando pude hacerlo por mí mismo. Tomé el lápiz despacio y fue apareciendo sobre la hoja la primera palabra que me pertenecía. La profesora había sacrificado sus tardes de descanso para tomar un caballo prestado e irnos a visitar, día tras día, hasta que yo aprendiera a hacerlo.

María Luisa, estuviste poco tiempo en la vereda Partidas, no volví a verte, no sé dónde vives ahora, pero cada vez que llego corriendo a abrir las puertas de un libro, tu imagen —siempre joven y fuerte— me saluda. Cada día que pasa, tomo el lápiz con mayor constancia para ver aparecer las palabras que me salvan, mis propias palabras. Ahora me dedico al intento fallido de amaestrar el lenguaje y cada vez que logro hacer coincidir en la misma línea dos palabras que nunca antes habían estado juntas, como quería Lorca, pienso en ti. Y cada vez que recuerdo por qué escribo, pienso en ti, María Luisa. Susana San Juan de mi memoria y corazón de niño.

Cuando menos lo imaginé ya había decidido que, cuando grande, quería ser lector. Así conocí al primer muerto de mi vida. Un niño, tal vez de mi edad, veía a un hombre abrir la tapa del ataúd del médico del pueblo para que su abuelo introdujera el zapato que le hacía falta. El primer muerto que recuerdo, lo leí en *La Hojarasca*, de Gabriel García Márquez, mi primera lectura. Tenía una madre y un abuelo como el niño de la novela y creía que era yo mismo quien presenciaba el velorio y oía llegar el silbido del tren a través de esa atmósfera enrarecida. A lo mejor es por ello que los muertos que iban a venir después, de carne y hueso, no me matarían de dolor.

Y la lectura me llevó a la escritura. Con la poesía fue otra historia. Sin darme cuenta, en los libros había encontrado un refugio y, ante todo, una compañía que se hizo más solidaria e indispensable con los años. Leer y leer, esto era lo único a lo que quería dedicarme, tanto así que lo que no sucedía en los libros me parecía inanimado y falto de gracia —hoy sé que dentro de esta categoría no cabe, no podría haber, el amor—. . . Sí, quería que el sol se escondiera siquiera cinco horas más tarde, para seguir leyendo.

En el colegio leí *El Quijote* con la paciencia suficiente como para perder todas las materias y tener que recuperarlas a fin de año. En la época de universidad trabajaba doce horas en una fábrica de ponchos. No podía perder el hilo del tejido ni apagar la máquina durante la jornada. En las noches llegaba con todas lecturas de la clase, mis ojos irritados, mi flaqueza prometedora y mis comentarios de naufrago. Los primeros amigos, que no eran de papel, los hice por el último semestre, cuando encontré empleo

de librero en la cuarta con veintiuna en Pereira. La Librería Mito me dejó conocer personas que amaban los libros como yo y que los comprarían aunque no pudieran leerlos.

Hoy me dedico a enseñar a leer y a escribir como mi profesora de infancia, pero mis estudiantes son universitarios. Temprano, por la mañana, llego a clase con un café —viejo signo de mi origen montañoso—, un escapulario materno para protegerme de mi propio ateísmo, unas cuantas teorías de semiólogos desconsolados y mi mirada de niño que leía La hojarasca, mi mirada de niño sobre las cosas, de ese niño que escribe la primera palabra de su vida y sonríe ante el milagro. Me encuentro en una ciudad encumbrada y fría, a quinientos kilómetros de donde nací: no hay guayabas en los árboles ni lombrices soñadoras ni temerarias lagartijas, ni un rostro que desaparece a lo lejos cada día. Pero la pregunta sigue ahí, como un monstruo alimentado sin culpa, *¿por qué mis estudiantes no leen?*

CAPÍTULO 9: ELLA, LA POESÍA

Pero tú Poesía no me has abandonado
un solo instante Vicente Huidobro, El
paso del retorno

HACE MUCHO tiempo había dejado de preguntarme por la esencia de la poesía, por su definición. Después de años de leer las meloserías más vergonzosas, había pasado de fijarme en lo general a preocuparme por lo particular, quiero decir: dejé de hurgar en un supuesto concepto de la poesía para agudizar la mirada en un conjunto pequeño de artes poéticas.

Al poner los pies en las aguas de los versos de Paul Celan sentía que una flor de loto me nacía en la sensibilidad al comprender, por ejemplo, que el lenguaje poético tiene un abismo de por medio con el lenguaje como tal, o con la comunicación. Porque el autor de *Todesfuge* había roto los puentes posibles entre sus palabras y las del lector, de modo que este no encontrara más opción que saltar y padecer la deliciosa e inexplicable muerte de la belleza.

Al abrir la puerta de la luz que da a Jorge Luis Borges, hice hallazgos de cartas escritas para nadie en las ruinas del tiempo. Una carta escrita para mí, para nadie, como decía, firmada en la Antigüedad pero fechada en la misma mañana del hallazgo. Descubrir, gracias al río de Heráclito visto a través de las pupilas del ciego, que toda la vida de la humanidad ocurre en un solo día, el mismo en que se incendió la Biblioteca de Alejandría o el Museo Nacional de Brasil, o el mismo en que Hiparquía era llamada cínica por los aldeanos de Maronea al querer ser una persona libre inclusive del conocimiento, a diferencia de los patriarcas que la señalaban desde las celdas de la Academia. Es el mismo día en que la evoco con estas palabras.

Descubrir esto me ayudó a concebir la escritura de versos, por un lado, como una contraposición a la tradición y, por otro, como una comprensión de la palabra ya no de un modo lineal, que avanza con vértigo a las fauces de la desaparición; sino infinito, como Narciso, el ahogado, que se ve a sí mismo, siempre joven, fuera del agua.

Del mismo modo, al asomarme con timidez a la obra de Silvia Plath, columbré cómo la perfección se alcanzaba con la muerte, cómo la poesía no trasciende si no te ayuda a sublimarte, aunque sea por medio de la autodestrucción: «La mujer ha alcanzado la perfección./ Su cuerpo/ muerto tiene la sonrisa de la consumación,/ lo ilusorio de la fatalidad griega/ fluye por los

pliegues de su toga,/ sus pies desnudos parecen decir:/ hemos llegado tan lejos, se acabó» (Filo, en traducción de María Negroni).

Esas lecturas dispares, anacrónicas, me habían apaciguado el neurotismo de pretender encontrar lo esencial con sus hallazgos y perturbaciones. O, dicho de otro modo, gracias a ellas dejé de buscar la encarnación de la poesía en las cosas. No niego que es absurdo, por no decir estúpido, atribuirle cierto grado de certeza a la idea naturalista del lenguaje que Platón derrocó en Crátilo, sobre todo cuando la memoria de la humanidad se ha encargado de mostrar como victoriosas a la convención y a la contingencia; pero, la necesidad de encontrar la poesía en algo más allá del lenguaje, como para justificarla, sin apelar de nuevo a las definiciones almidonadas de Bécquer con su «Poesía eres tú», ni mucho menos recurrir a la filosofía innecesaria y a la academia detestable encabezada por investigadores muy bien puntuados en burocracia.

Aquella necesidad de buscar una definición había desaparecido hasta cuando dirigí un taller que veía a la poesía como ficción, en el Café Nicanor, en Bogotá, por petición de un gran amigo, Santiago Sepúlveda Montenegro. Los ejercicios querían despertar voces dormidas en quienes participaron; las voces de otros yo poéticos que narraran vivencias propias y ajenas bajo la forma del poema. Mi asombro nació cuando, preguntando por el primer acercamiento a la poesía, todas las personas que me acompañaban aludían a esta como ella. No la veían como un símbolo ni como una personificación, como creí al principio. Tampoco como una compañía a la manera aborrecible de Gómez Jattin y sus cuchillos. La veían como una presencia en la vida, presencia milagrosa como los nahuales.

Desde ese momento hasta hoy no me he sentido solo en esa aserción, y ya no se me ha dificultado aceptar la verdad. Ya salgo a trabajar con una sonrisa en el rostro que jamás imaginé encontrar allí, de una manera pura, como cuando se es niño. La misma sonrisa que tengo ahora, al terminar este esbozo, cuando van a dar las doce de la noche del mismo día eterno, en este apartamento lleno de libros donde soy prisionero, como un Tzinacán andino y venido a menos, en compañía no de un jaguar sino de la apacible Almendra. Pongo punto final, y la gata y ella, la Poesía, me sonríen.

CAPÍTULO 10: UN SUICIDA MUERTO DE VIEJO

HE ENCONTRADO EN EL OFICIO de narrar la vida de los escritores más anodinos una suerte de poética. Y en el de narrar sus muertes vergonzosas un pasatiempo inútil digno tal vez de un taxidermista. Sé que me fascina un quehacer sin finalidad, que he malgastado las pocas horas que me han dejado mis múltiples empleos: desde vender chicles, cuando era niño, en los antros nocturnos de Santa Rosa, pasando por el de librero ingenuo de la cuarta con veintiuna en Pereira hará ya ocho años, hasta el de profesor de lenguaje que hoy en día articulo con el de viajero. Es decir, intuyo que mi vida se parece tanto a la de quienes narro que creo haber encontrado en la realización de sus hagiografías un modo de alejarme de ellos. Usar, pues, su realidad como signo, ha sido mi filosofía.

En las obsesiones de este tipo, de las que más recuerdo, están los casos de Carlos Héctor Trejos Reyes, Orlando Sierra Hernández y Amílcar Osorio, poetas muertos a destiempo, y el de Jean Joseph Rabearivelo, traductor de la noche, perito suicida, así como el de la grandiosa Sylvia Plath. De estos últimos hice un registro sentimental de sus postrimerías en un texto llamado *Maneras de despedirse* donde, de modo ligero, conté la historia del suicidio frustrado del poeta colombiano Emigdio Alcázar (Santuario, Risaralda, 1907 – San Cristóbal, Chiapas, 1995) quien es, en esta ocasión, el motivo de mis palabras.

Es recordado, ante todo, por ser el autor de un libro tan entrañable como polémico: *Región del odio* (1939) —que bien hubiera podido inscribirse en la obra de la *Generación del 27* de no haber sido por la montañosa procedencia de su autor— y por haber aburrido, a más no poder, a sus seres queridos y a los periodistas con la idea de que se iba a matar en algún momento. Como contaba, en el texto anteriormente citado, escribió en 1986 un largo poema que envió a sus amigos a manera de testamento. Allí les decía que cuando estuvieran leyendo su carta, él ya estaría muerto; ellos lamentaron el suceso y escribieron los estatutos de una fundación cultural que llevaría su nombre, con el fin de reunir dinero para editar su obra completa y erigir un premio en su memoria.

Con el paso del tiempo, cada uno recibió una nueva carta desde Zaragoza, España, ciudad natal de la escultora Mayte Fernández, su esposa, donde les ofrecía disculpas por el mal

momento que les había generado, y les explicaba que le habían asignado un cargo burocrático que lo había reconciliado con la vida. Todos quienes recibieron las cartas lo olvidaron a propósito, como su familia, que se dispersó por los pueblos del Viejo Caldas. Excepto Andrés Otálora (1961), el más joven del grupo, quien lo acompañó en sus últimos días.

—Cómo iba a hacernos pasar un susto como aquel, hacer que pasáramos días tan tristes por su supuesta muerte, y luego escribirnos diciendo: «Prometo que uno de mis dos próximos intentos de suicidio tendrá que salirme bien». No, hombre, eso no se le hace a nadie.

Andrés acaba de cumplir cincuenta y siete años. De estatura baja y poco cabello, no deja de sonreír. La tarde llega a Oaxaca con dos jícaras de mezcal. Sorbe, o mejor, besa el suyo a medida que va hablando. Dice que Colombia le causa mucha nostalgia pero que nunca regresará. —Por suerte no hay nostalgia que no se cure con mezcal, muchacho. Eso lo supimos muy bien Emigdio y yo cuando llegamos a Oaxaca: aquí nos curaríamos de ese mal que es Colombia, para siempre. A mediados de 1993 viajé a Zaragoza a ver a mis compas, pero no regresé. Viajé a su lado a Chiapas en 1994 por seguirle un capricho: quería enlistarse en el Zapatismo. Imagínate: un viejo melindroso de ochenta y siete años con ganas de ser guerrillero. Era el tipo más terco que conocí; logró que Marcos lo recibiera e incluso evaluara si le dejaba militar. «Que te llegó competencia desde Colombia», le dijeron. No le importó la insensatez del colombiano, sino que le preocupó cómo era aquello de que alguien le compitiera a él, justo a él, que no quería el Poder, que no quería nada personal. Miró profundamente. «Que hay otro poeta en San Cristóbal», le dijeron. Marcos se rió. Nosotros imaginamos su boca bajo el pasamontaña.

Andrés guarda silencio. Renunció a la escritura, dice, porque no le satisfizo nunca ser poeta. Porque ha vivido toda la vida del salario de Esther Espitia, su esposa, profesora de sociales con vocación de bacterióloga. Después del evidente fracaso en el sur mexicano llegaron a Oaxaca siguiendo un recorte de periódico firmado por Cortázar que hablaba de las tlayudas. Llegaron, pues, a esta hermosa ciudad mítica, engañados por un cronopio, experto en la magia antigua, que escribió sobre gastronomía.

—Y así llegamos a esta ciudad. No

necesitamos dinero para vivir. Mi buen amigo murió al año siguiente. Otro escritor colombiano que moría en este país compasivo. Mayte estaba a su lado, lo lloró con mucha tristeza. Al tiempo regresó a su tierra. Esther y yo intentamos regresar, pero todo intento fue en vano. Le perdimos la pista a nuestro país. Dime, ¿cómo están por allá políticamente? Le digo que aún gobierna la derecha, que nunca hemos tenido un gobierno de izquierda. Siguen matando a la gente que trabaja por los pobres. Los mismos que matan a la gente son elegidos por la gente. Acaban de cerrar unas elecciones presidenciales donde retomó el poder el peor asesino en serie que ha tenido Colombia. Don Andrés, eso le cuento. Besa el mezcal y sonrío.

CAPÍTULO 11: EL PAJARERO INEXPERTO



QUÉ IMAGEN LA DE LA abuela moliendo el amor, con el delantal manchado por su leche vegetal, la máquina envolviéndolo en sus entrañas con la cebolla. La niebla abrazaba suspirando a la mañana. Como la noche había recibido la visita de la lluvia con sus tres hijos, los recolectores no habían empezado su labor, esperaban el desayuno recostados en el barandal del corredor, algunos tiritaban empuñando una taza caliente de chocolate o de café. No se escuchaba una voz en toda la casa. El niño estaba cansado de que la abuela no le dijera dónde estaba el abuelo, por lo tanto salió de la cocina y fue a buscarlo al rajadero. El hacha yacía entre la leña mojada. Más allá, el caballo parecía pintado en el paisaje, dormido, con las orejas tristes bajo la llovizna. Lo buscó en cada lugar donde lo imaginaba, por último, en el peladero de café. Apenas su padre lo vio entrar lo tomó en los brazos llevándolo de nuevo a la salida como para evitar que presenciara algo terrible. Le besó cada mejilla con fuerza. Al dejarlo libre de su cariño asfixiante, le dijo: «No entres acá cuando uno esté revolviendo el café, huele a vinagre si la miel no se le ha caído todavía. Te puedes enfermar». El niño quiso saber dónde estaba el abuelo. Su padre sonrió.

«Ese viejito salió madrugado con los pájaros», dijo. —¿Los va a vender?—, preguntó el pequeño.

El hombre se echó a reír diciendo que no, que los pájaros lo llevaban a él, porque no les gustaba su sombrero. El niño no entendía, cómo así que los turpiales se llevaran a la gente, y más por un sombrero, desde cuándo acá. El padre lo tomó de nuevo en los brazos, besándole otra vez. «Tranquilo que nadie va a vender los pajaritos, y si el viejo los vendió yo mismo te voy a enseñar a ser pajarero, tendrás tus propios turpiales». Papá —dijo el niño—, los pájaros están en la jaula.

Efectivamente se oían desde ahí. El hombre entonces sustentó en ese hecho que nadie los iba a vender, pero cuando quiso decir que pájaros se llevaron al abuelo las palabras se resistieron a salir, aferrándosele nerviosas a las entrañas. Papá —el niño no entendía, un niño jamás puede saciarse—, ¿a dónde fue el abuelo? —Por ahí. Por ahí —dijo aquel—, vamos a la mesa, el desayuno está listo. Y en sus brazos lo llevó a desayunar. En la mesa, en la larga mesa no se escuchaba una voz. Todos comían sin producir el menor ruido. La abuela en su costumbre no se sentó con ellos, se veía comer

por la ventana que daba a la cocina y por la cual llegaba la comida a la mesa. Lentamente mordía, sorbía un poco de caldo, venteaba el fogón. Qué imagen la de la mujer que molió al amor, lo amasó, lo asó y lo sirvió. El amor en cada plato olía a ardilla, y a pájaro, increíblemente. Amor espigado, oloroso a sus propios enemigos, tal vez la victoria consista en adobarlo con la sangre de quienes nos lo han jodido toda la vida, y comerlo en silencio.

La niebla dejó ir a la mañana, el caballo se sacudió la llovizna sonriendo con las orejas. Los recolectores se desperezaron. Al llamado de quien tenía la misión de asignarle con una bandera a cada cual un surco a seguir, se formaron en una fila. El niño, en los hombros de su padre, se unió en el último lugar de la marcha en descenso hacia el cafetal. El camino estaba resbaladizo, a cada paso el pequeño sentía miedo de caer. Los recolectores más avanzados iban cantando una canción, su eco se oía entre montaña y montaña, de vez en cuando alguno gritaba y los demás lo imitaban estrepitosamente. En las casas vecinas las mujeres desde los patios columbraban el peregrinaje, parecían el jurado de un concurso de algarabía. El camino estaba difícil, los únicos privilegiados en la mejor posibilidad de no caer al andar eran quienes encabezaban la fila. El hombre cayó y resbaló sentado causando la euforia de los demás, saliéndose del grupo. El niño estaba feliz, sin caerse pensó que todo se trataba de un juego. Gritó alegremente cuando vio aparecer al abuelo, pronunció su nombre suave como el pecho de una paloma. El abuelo estaba en la arena de la quebrada, tenía el pantalón remangado, el agua le mojaba los pies, los acariciaba con sus manos susurrantes. El niño le sonrió, todos lo vieron pero pasaron sin saludarlo, inclusive su padre con él a cuestas. Tuvo que resignarse con despedirse voleándole la mano al pasar. Girando la cabeza se fue mirándolo hasta perderlo de vista. Nunca dejó de sonreírle y él, de una manera muy extraña, también le sonreía. El viejito quedó en la arena. Su sombrero, una joya preciosísima de los años veinte coronada por una pequeña pluma roja, había caído lejos de su cuerpo atrozmente pasado a machete.

CAPÍTULO 12: LUCIÉRNAGAS EN EL AGUA

Para Sara

PARA LLEGAR HABÍA TENIDO QUE resistir el miedo y la desolación. Ubicada en el Estado de Oaxaca, a orillas del Pacífico mexicano, la laguna de Chacahua le atraía porque le habían dicho que allí, cuando la noche llega, se ven arder las luciérnagas del agua. Había perseguido cocuyos montañeros cuando era niña en su Pereira florida y rural, en Colombia, y ahora quería detenerse a contemplar cómo el agua dulce seducía a ese océano temible que lleva como nombre una paradoja, en el momento en que la iridiscencia efervescente de estos insectos majestuosos iluminaba la peligrosa quietud.

El mundo parecía estar en toque de queda aquella noche. Parecía estar deshabitado, ser una carretera interminable que ella recorrería en una camioneta a la velocidad de la incertidumbre, hasta ver aparecer casas sin perros, de luces apagadas, a cada lado. El mundo era un caserío llamado San José del Progreso. Allí intentó hablar con niños que corrían al verla como si se tratara de un espanto. Sospechó que, desde las palmeras que custodiaban los jardines dormidos, había ojos que la vigilaban. Logró alquilar una vieja habitación en una casa de tapia con techo de paja cuyo patio era la inmensidad. Estuvo toda la noche bajo una luz mortecina mientras sus manos pequeñas llevaban y traían el lápiz sobre el papel de su libreta. El cielo duerme, anotó. Las palabras siguieron obedientes la corriente para distraer el sueño porque, pensaba que, de quedarse dormida, el miedo podría materializarse.

¿Eran los muertos quienes hablaban afuera? En las paredes había cuadros en sepia que retrataban a hombres con sombreros anchos, bigotes poblados y escopetas. Todos sonreían. Gruesas cadenas se oxidaban a lado y lado de la cama. La única luz que había provenía de una lámpara de aceite que no llegaba hasta el baño. De la mitad de la habitación pendía una sogá que parecía estar puesta allí por instrucciones macabras. Los vehículos pesados que pasaban hacia Guerrero dejaban un eco de motores agónicos a su paso, rugidos de animal agonizante que corre hacia el desconsuelo. ¿Hubiera querido que ladraran los perros para que hicieran humano el silencio. Sus propias palabras, el río de su pensamiento, la imagen del Otún cayendo desde la montaña, serpiente de agua que canta mientras acaricia las copas

de los yarumos, la entretuvieron hasta que el sol aclaró la realidad y le mostró el camino hacia Chacahua.

Anduvo varias horas por la polvareda que antes era un cauce hacia la mar. También aquel fragmento de México le pareció un cementerio de afluentes. Cerraba los ojos mientras descendía para oír el río fantasma. Imaginaba el agua extinta bajar por las piedras ahora transitadas de modo zigzagueante por sus pies rebeldes.

Ya a orillas de la laguna los pescadores la llevaron en canoa a la playa donde el agua del Pacífico se vuelve de color turquesa por el contacto con la serenidad y la dulzura. Mucho antes de la primera noche del desencanto de la tierra, tanta inmensidad verde era la casa de los Mixtecas. Antes de que los invasores trajeran el faro que alumbraba en la montaña vecina, ellos conocían el mundo a través de las estrellas. No temían la perdición de los navegantes; seres de agua como eran, no veían la mar como un recurso sino como una madre.

Y allí estaba ella, en las puertas de una nueva noche. La canoa la llevó entre manglares hasta la mitad de la laguna donde ancló para esperar que la mujer venida desde el Sur viera a las luciérnagas. La extranjera se sintió pequeña en el mundo pero tranquila. Indefensa, como el océano Pacífico incapaz de entrar a abrazar la laguna de Chacahua. Indefensa en la naturaleza que la reconocía como parte suya. Segura como no podría estarlo en la ciudad. Los peces saltaban, los pájaros hacían una fiesta en las ramas con invitados de todas las latitudes. Entonces fue la quietud y el silencio. La canoa dejó de mecerse y desapareció la luna. La oscuridad de la primera noche del mundo cayó como una atarraya. Ella cerró los ojos para buscarse a sí misma en sus adentros; cuando los abrió, vio que cardúmenes de luces empezaban a formarse a su alrededor. Todo se fue llenando de luz. Todo era luz turquesa y encandilaba. Su cuerpo empezó a ser nube, ave estelar. El tiempo se detuvo. Empezaba su vida como luciérnaga del agua.

CAPÍTULO 13: LUCIÉRNAGAS EN EL AGUA

HACE YA DIECINUEVE AÑOS desde la mañana en que Carlos Enrique Guiral partió hacia el sur del país para no regresar. Un tiempo en que uno se ha enseñado a esperarlo día tras día, como si presintiera su regreso con los golpes fortuitos en la puerta de la casa materna, con los timbres que suenan en cualquiera que sea el lugar donde nos encontremos quienes nos arrojamos al camino en forma de protesta por no haber desaparecido todavía. Le he atribuido a esa ausencia el hecho de que yo escriba poesía, como algunos saben, mediante las cartas que le he escrito desde entonces y que los expertos, e inclusive los incautos, dicen que son poemas. Palabras todas que son una misiva para la muerte, una petición de que lo deje a uno vivir a pesar de sí mismo y entender la desesperanza como una necesidad humana. Y, para dejar de importunar a quienes me conocen, prometo no mencionar de ahora en adelante este infortunio, al menos de manera explícita, al menos no en los cafés-.

A veces creo que uno se inventa sus recuerdos cuando la verdad lo avergüenza. A veces creo que uno prefiere la ficción, como ahora que nos sentamos todos a la mesa y alguien menciona al desaparecido. Si mi tío estuviera aquí hoy... si pudiéramos enterrarlo. Si le pudiera pagar las palabras que le quedé debiendo. Aunque se intente evitarlo, la comida sabe a sangre, como cuando en la finca, de súbito, un carro que reversaba aplastó a uno de los cachorros y, al intentar auxiliarlo, el olor de la muerte se te metió en los pulmones y te hizo vomitar. Olor y sabor de animal agonizante que regresa cuando comes con tu abuela preguntando -en vano, a la nada, porque no es a ti: tú no sabes más que huir- por su hijo muerto.

La memoria tiene ese olor de los animales atropellados, de las zarigüeyas encandiladas por la linterna del hambre. A veces creo que uno se inventa sus recuerdos. Pero sé que la verdad es más sencilla: uno ya no puede distinguir entre lo inventado y lo cierto. Haber leído y escrito toda una serie de cartas para nadie así lo demuestra.

Al menos queda la convicción de que mientras uno quiera fingir que vivir es importante, es necesario escribir. Borges se sentía orgulloso de sus lecturas más que de lo que escribía, pero en esta noche oscura del alma -acudiendo a mi condición de nadie- quisiera brindar por la escritura: no porque sea el tejido de un poncho que podría arroparnos del frío, sino porque es una buena distracción del dolor. No es fácil

empujar un muerto hacia su lugar de origen, más si ese muerto, con el tiempo, se va convirtiendo en uno mismo.

Me voy empujando hacia el inicio y me veo de pie en la entrada del avión, no miro hacia atrás porque nadie me fue a despedir. Es el primer día del olvido y sé para qué alguien me escribirá cartas que no podré leer: para ir llenando, verso a verso, el ataúd de la memoria.

CAPÍTULO 14: EL CUERPO MUERTO DE LA INFANCIA

Palabras en la presentación de Celebraciones en el Café Nicanor, Bogotá: 10 de febrero de 2018

¡Oh vosotros! ¡Oh mis buenos amigos! Los que habéis tocado mis manos ¿Qué habéis tocado? Y vosotros que habéis escuchado mi voz ¿Qué habéis escuchado? Y los que habéis contemplado mis ojos ¿Qué habéis contemplado?

Vicente Huidobro, El paso del retorno

 ON EL PASO DEL TIEMPO dejé de lamentarme por la desazón que me proporcionaba la escritura. Tomé una posición diferente frente al hecho de escribir, de gratitud más que de resignación, porque entendí que alrededor de los libros que uno construye con el fin de que, al menos, no avergüencen a los amigos ni decepcionen, en parte, a esos espíritus de luz que son los lectores, a pesar de fracasar en ese propósito, subsiste la esperanza de ver la vida, con los años, encontrar el puerto que con tanta obstinación uno cree que está oculto más allá de la oscura bruma del naufragio.

Ese puerto anhelado no sería más que la permanencia en el amor por las palabras, pues estas son lo único que tenemos para llegar a las cosas, aunque, bella paradoja, nunca nos vayan a llevar a ellas. Pues los artistas entienden que solo les quedan signos como constancia de lo vivido, esa indefinible materia de los sueños. Y los poetas, que también trabajan con signos, con imágenes, también entienden que las palabras, propias, y las de otros, son faros que rielan en su inmensa soledad.

Baudelaire, faro que se alcanza a ver desde todos los confines de la noche.

Al creer, en algún momento, que no tenemos lo tangible, sino que nos pertenecen tan solo las palabras, decidí celebrar el lenguaje, tan misterioso y diáfano a la vez, porque en él encontraba el fuego inicial de la poesía.

Sin embargo, al emprender esta celebración, supe que había perdido el hogar y había ganado los caminos. Nada de lo que pensaba que había sido mío se encontraba ahora a mi lado. Al intentar erigir mi propia casa, lejos de los cafetales donde mi padre me paseara de niño dentro de un canasto, supe que sus cimientos eran endebles, que los vientos del sueño y de la

inquietud la derribaban: quería volver, quería entrar en la primera noche de mi vida, oler el cielo azul oscuro de la montaña y desaparecer.

Luego vino el amor y de la mano me llevó más lejos. Me enseñó a ver los verdaderos colores del mundo, a ver con más ojos, a recordar con más manos. El río Otún empezó a correr por mi cuerpo. En las manos el café maduraba. Los danzantes de Monte Albán me empezaron a hablar en sueños. En ese instante, en que se desvaneció en su totalidad el camino de regreso, me recordé parado por primera vez frente a la puerta de la poesía, cuando aún se percibía la tibieza del cuerpo muerto de la infancia.

Y ahora, que me encuentro presentando *Celebraciones*, un libro que es el resultado sincero de homenajear esta vida simple, llena de asombro, les ofrezco disculpas por el intimismo que allí encontrarán y les pongo de manifiesto que la escritura de poesía me satisface sobre todo por la presencia de ustedes esta tarde en el Café Nicanor, porque escribir me ha llevado por un cauce dificultoso hasta la desembocadura de su amistad, lo que ha valido ya la pena. Vale la pena vivir, ha valido la pena vivir gracias a ustedes y a las ausencias que me conforman. Gracias a ustedes celebro mi triste terquedad por ser poeta ya que, si no me ha llevado a escribir algo que les complazca, sí me ha llevado a su amistad: la poesía.

CAPÍTULO 15: EL CUERPO MUERTO DE LA INFANCIA

«Esa luna hijueputa quién pudiera bajarla a piedra

DESPUÉS DE DECIRLO se detuvo haciéndome evidente su cansancio. Le animé a andar mostrándole las pequeñas luces en la montaña. —Quizá sean la señal de que no pasaremos la noche en el monte, o como huéspedes de las vacas que duermen en algún establo. En el camino de herradura nuestros débiles pies eran agua y blandura. Cada vez que miraba hacia atrás veía su cara afrentada por el llanto. Sólo en la entrada de una fonda pude verlo con un poco de sosiego.

—¿Sabe qué nos va a pasar si nos alcanzan?—, me preguntó de pronto. —Qué nos van a alcanzar, hombre— le dije. En este momento ni deben intuir que nos volamos. —Lo saben y nos siguen. Deberíamos regresar. —¿Está loco? Entremos, mañana será otro día. —Deberíamos regresar—, insistió. Atrás, la noche nos mostraba la incertidumbre. Delante, la puerta de la fonda nos hacía una pregunta. —¡Qué nos van a alcanzar!—, le dije. Cuando sepan de nuestra ausencia habremos llegado a la ciudad. —Nos siguen. El trote. . . puedo oír cada bota, una por una. Puedo oírlo. La textura de ese sonido es como la del cristal de un ataúd. Al fin entramos. Sólo había una habitación disponible. Nos acostamos con los morrales, vestidos. Aguardamos el sueño con los ojos más abiertos que nunca. De vez en cuando yo entraba al baño sin ninguna intención; la pequeña ventana ubicada en lo alto de él fue lo que me produjo la idea. De un momento a otro empezamos a oír la llegada de los persecutores. Su trote. También yo pude oír las botas, una a una. Lo invité al baño. —¡Rápido! ¿Sí ve que nos seguían?—me dijo saltando de la cama y colgándose el morral. Andaba de un lado a otro. Le pedí silencio. Al ladrido de los perros encarnizados se unieron los disparos y los gritos. Se escuchó que irrumpieron en el salón de la entrada. Quizá quien atendía les dijo dónde dormíamos porque los oímos subir rítmicamente. Vio la ventana y, a lo lejos, esa luna que lo atormentaba. Un golpe que derribó la puerta. Vieron la cama donde nadie había dormido y al seguir el rastro de la sangre hallaron el cadáver de uno de los fugados.

CAPÍTULO 16: LA IMPOSIBILIDAD DEL RETORNO

EN LA TARDE DEL SÁBADO 15 de octubre de 2011, cuando se presentó ante los demás invitados al evento en aquel pequeño municipio, la mayoría coincidió en no haber escuchado hablar nunca sobre su pueblo natal. Por más que quiso explicar su localización, no hubo nadie que dijera conocerlo. Lo impresionante para él fue que personas de lugares vecinos se quedaran en silencio, pues no había por qué culpar de aquel desconocimiento a los asistentes venidos de regiones lejanas del país. Ya en la noche, con los compañeros de habitación, lo buscaron en Internet. Partidas, escribieron. Desilusionado vio que los motores de búsqueda no arrojaban resultados. Intentaron de nuevo en mapas y diccionarios turísticos, pero todo fue en vano. Los demás no le dieron importancia a su preocupación; alguno preparó café, otro hablaba sobre la comida y la atención del hotel, hasta que llegaron el ron, las anécdotas y las risas. Entonces olvidó el asunto.

Cuando el evento terminó, partió emocionado hacia la terminal de transportes. De llegada, se le veía nervioso e inclusive tenía el prejuicio de que se iban a reír de él cuando quisiera viajar a Partidas. Compró un café y lo sorbió con lentitud. Dilataba la espera por la sospecha de lo inevitable. Cuando se acercó a los conductores para comprar el tiquete, a pesar de que creyó que lo reconocerían –al haberlo visto en los buses por más de seis años– le dijeron que no sabían cuál era aquel lugar al que quería ir.

Anduvo por la mayoría de empresas de transporte preguntando cómo regresar pero nadie le supo ayudar. Así que compró un pasaje para Manizales, ciudad que está después de su pueblo. *Apenas pase por ahí, se dijo, me bajo y ya, fácil.*

El paisaje era el mismo. La ruta era igual. No pasaba nada, no podía pasar nada. Cuando el bus empezó su recorrido habitual su pecho respiró tranquilo. Al cruzar los últimos kilómetros, antes de ver las primeras casas de teja de barro, como había estado acostumbrado desde niño, se echó a reír. Sin embargo, cuando vio aparecer el rostro de una ciudad envuelta en la niebla y coronada por la torre de una catedral entre el frío, se dio cuenta de que se hallaba en una encrucijada inexplicable. Llegó a Manizales y quiso saber si desde allí era más sencillo regresar. Ante el fracaso de su iniciativa, hizo el mismo recorrido de vuelta. Su sorpresa fue peor

cuando, creyendo estar entrando por la calle principal de *Partidas*, volvió a la terminal de donde había salido. En el lugar en que había estado su pueblo natal no había ni siquiera un vacío.

Descompensado y hambriento abordó un bus a la ciudad donde vive hoy. En la mitad del trayecto, lo despertó una llamada. En la pantalla aparecía el número de su madre y su rostro amado. El teléfono timbró una, dos, tres veces. Silencioso lo apagó y lo arrojó por la ventana. ¿Para qué contestar? Era mejor así: empezar a vivir sin procedencia y sin pasado.

CAPÍTULO 17: REGALO DEL RÍO

A mis hermanos

solitario. No quise asistir al entierro de la infancia.



ARTURO RÍO no sabía hacer nada más en la vida que caminar. La primera vez que lo vimos nos pareció un niño como nosotros, pero un niño grande con sombrero raído y machete colgado al cinto. Nos trajo, en aquella visita, un balón amarillo que rescató de la corriente del Campoalegre y una pequeña muñeca ultrajada sin una pierna que los cuatro niños miramos por un largo tiempo, estupefactos. No simpatizaba con los perros que lo miraban siempre como a un desconocido y le gruñían en la noche como si no fueran a dejar de hacerlo nunca. Le ladraban e intentaban morderlo a traición, erizados como ante los espantos. Por más que le sentíamos, en el corredor, susurrando la oración para atraer la mansedumbre, estos animales no dejaban de desconfiar de él en ningún momento. Una medianoche de Semana Santa despertó a toda la vieja casa con gritos extraños. Habló en una lengua que nadie entendió. Excepto el abuelo: —Dice que vio una luz salir de la tierra, y a un hombre pequeño y verde salir con ella —dijo—. Ya no volverá a hablar lengua de cristianos. Desde que adquirió, de súbito, esta lengua muerta indígena no volvió a visitarnos. Un tío llegó una vez del pueblo a decirnos que lo había visto en un taller de orfebrería:

—Hace unas cosas muy lindas. En Santa Rosa todos hablan de su trabajo.

No le creímos. Seguíamos esperándolo salir del monte y cruzar el potrero hasta la casa con sus regalos del río.

Pero fue en vano. Un sábado en la tarde llegó una carta que nos decía que estaba hospitalizado hace meses. Cuando caminaba por la larga carretera de vuelta al pueblo, una moto lo había atropellado. El motociclista murió al instante. Arturo fue llevado al hospital pero no fue capaz de identificarse como humano. Intentaba, en su idioma de barro, decir que le dolían todos los huesos pero solo causaba terror en las enfermeras. Hasta que un visitante fortuito lo reconoció y nos escribió.

Pocos días después de recibir la noticia murió. Todos se pusieron muy serios. Los grandes se peinaron y se vistieron con ropa dominguera para el funeral. Los niños pudieron usar zapatos. Hacía años que nadie iba al pueblo entre semana. Yo me resistí a ir, como pude los convencí para quedarme encerrado con los perros, también tristes. Todo ese largo martes estuve con la mirada puesta en el camino

CAPÍTULO 18: LA DESERTORA FIEL

«Solo al desertar soy fiel» Paul Celan

HACE OCHO AÑOS dejé de ser librero en Pereira. Entre todas las personas que entraban a esa pequeña librería de la cuarta con veintiuna hay muchas que olvidé, o que prefiero no recordar, porque me enseñaron que dentro de la literatura también puede haber la ruindad. Hay también un grupo que hoy en día reúne a mis grandes amigos y otro: el de quienes uno podría reconocer por sus rarezas. A este último pertenecía la señora María Botero, quien aparentaba estar cercana de los cincuenta años. Cuando fue la primera vez estaba buscando cualquier libro de Salinger, decía necesitarlo con urgencia. No he dormido bien desde que me recomendaron este escritor, se quejó. Ante mi negativa, que no pude pronunciar sin cierta sonrisa, terminó presumiéndome la edición de *En busca del tiempo perdido* que acababa de comprar en otra librería del sector. Todos los tomos preciosos en pasta dura, con guardas azules y papel biblia.

No tuvo vergüenza de decirme, de entrada, que era escritora. Pero lo peor que pudo haber hecho, que ninguna otra molestia pudo superar, fue que siguió visitándome todas las mañanas por un tiempo. En algunas ocasiones llegaba con su canasta de frutas o de verduras, otras con comida para su perro o con su perro mismo: un aborrecible golden retriever que nunca quería quitarse de encima de uno. Me hablaba de autores que no había leído y de títulos y anécdotas de estos y de otros que ella inventaba y que, tal vez, otra persona hubiera dado por ciertos al escucharla.

La última mañana que me visitó me dijo que había renunciado a escribir. Pensé en Rulfo, inevitablemente, aunque yo a este santo lo tenía por alguien cuya decisión de dejar la escritura significaba más bien el hecho de asumirla como muy pocos podrían hacerlo. Su renuncia para mí constituía la aceptación de su propia genialidad, lo que me llevó hacerle notar que escribir puede ser algo muy difícil, doloroso. Existirá gente como Etgar Keret que disfrute escribir y que considere a este un acto cotidiano, tan fácil como sentarse en el balcón y comer sandía «mientras escribes mierda sobre gente que no te agrada». En cambio para mí es un acto cruel, de autoflagelación: cuando escribo tiendo al suicidio, cuando no escribo, peor. Respeto mucho a quienes tienen el coraje de dejar la escritura por miedo al fracaso, pero respeto aún más a quienes fracasan escribiendo.

Es muy recurrente y hasta cansón escuchar que Rulfo dejó de escribir argumentando esa bobada de que su tío Celerino, que era quien le contaba las historias, había muerto. Qué cursilería. Él dejó de escribir por miedo a decepcionarse, a escribir algo de menor nivel que sus dos únicos libros, insuperables. Un cobarde. Y es muy recurrente también escuchar hablar de Cervantes: ¿habrá un escritor con un fracaso más grande? Lo escribió Monterroso: «No persigas el éxito. El éxito acabó con Cervantes, tan buen novelista hasta el Quijote». ¿Cómo alguien que pone el punto final del Quijote puede intentar escribir algo mejor? Imagínese, señora, la angustia del escritor.

Usted no entiende, me dijo. Yo soy escritora, pero no he escrito nada: renuncié a tiempo. Elegí la felicidad.

CAPÍTULO 19: LA PALOMA Y LOS TRES RELOJES

COLGÓ -¿Quién te llamó? -le preguntó desde la cocina-. -El asesino, el asesino, mamá. Que a las cinco me va a matar. Cuando te vayas llévate una chaqueta, dicen que allá hace mucho frío. Salió sin despedirse.

De camino a la estación pasó a la casa de un compañero de trabajo a dejarle una excusa para el día siguiente -en otro tiempo se hubiera negado rotundamente a ser asesinada bajo el argumento de que podrían despedirla-. Además, quiso visitar la librería de don Gaitán a fin de invitarlo a un café mientras esperaba. El viejo estaba detrás del mostrador, dormido. Cuando escuchó la voz que lo llamaba, despertó con lentitud. La miró como si estuviera ante una aparición.

-¿Cómo está, Ana? -alcanzó a decir-. Tanto tiempo sin verla.

La mujer sonrió. -Usted siempre cambiándome el nombre, don Gaitán. ¿Qué hay de nuevo?

-Nada -dijo el viejo -. Nada qué contar.

-Me refiero a qué libros han llegado en los últimos días.

-Acabo de responderle esa pregunta, señorita.

-En fin -dijo la mujer-. Lo invito a un café, tengo que contarle algo muy importante.

En El Nogal ya estaban acostumbrados a ver llegar al viejo, los sábados, pasado el mediodía, acompañado por la joven mujer. Les servían, sin preguntar, café sin azúcar. Don Gaitán se hacía lustrar los zapatos mientras escuchaba las palabras que a ella le gustaba decirle porque precisamente un instante después él ya no las recordaría. Le contó que esa tarde iba a morir. El viejo abrió los ojos cuanto pudo, y dijo: -Se están demorando mucho con el café.

-Ya recogieron la mesa -corrigió ella-. Sí señor, como le decía, tengo todo listo para las cinco.

-Ah, ¿sí? -dijo el viejo-. En ese caso, ¿no quiere otro café?

- Sí señor -dijo la joven-. Incluso le compré una camisa a mi papá que cumplirá años esta semana.

Así hablaron por bastante tiempo hasta que ella notó que llegaría tarde a su cita si no se apresuraba. Se despidió del viejo con un abrazo y salió poniéndole en las manos un paquete pequeño. Él se quedó en silencio mirándola desaparecer y le regaló un adiós que luego ya no le pertenecería a nadie.

Ya en el bus la mujer empezó a sentir la ansiedad. Si alguno de ustedes la hubiera visto podría haber notado cómo su sonrisa

desprevenida acentuaba más los rasgos de su belleza.

Llegó con diez minutos de anticipación a la plaza, miró y en efecto el asesino estaba en la silla donde prometió esperarla. Lo saludó y él le enseñó su teléfono que marcaba las 4 y 55.

-Estabas llegando casi sobre el tiempo -le dijo-. Frunció las cejas mientras sacó el revólver para cargarlo. Era un tipo neurótico en cuanto a la puntualidad. Ella se sentó tranquila a su lado y se puso la chaqueta porque recordó de súbito las palabras de su madre. El hombre la miró de reojo con el arma ya lista.

-Parece -le dijo con amargura- que hubieras guardado, desde cuando recibiste la llamada, una sonrisa desde la niñez para una ocasión tan especial como esta. Todo estaba hecho. ¿Por qué te estabas tardando? -Fui a tomarme un café con mi padre -dijo-.

-Muy bien señorita Drake -dijo el asesino-. Y efectuó el primer punto del procedimiento. Quedaron en silencio un breve instante. Hubo un error. La miró confundido, le preguntó si quería morir a pesar de esto. A una respuesta afirmativa que en verdad no se esperaba, continuó. La mujer no hubiera notado que el reloj del templo de la plaza estaba suspendido en una hora de un día del ayer, si una paloma que estaba cercana a los dos no hubiera volado alborotada en esa dirección, cuando sonó el primer disparo.

CAPÍTULO 20: EL EXILIO DE LA BELLEZA

en que un ser humano escoja la poesía como la ética de su vida, como la égida bajo la cual caminará sobre el mundo, no dejará de pensar en el lenguaje. En él buscará lo sagrado, en su origen la esencia del ser humano que es, al fin y al cabo, el origen de la poesía. Por lo mismo, no es descabellada la postura de Richard Rorty, en *Contingencia, ironía y solidaridad*, quien concibe al poeta «en el sentido genérico de hacedor de nuevas palabras, como el formador de nuevos lenguajes, como la vanguardia de la especie». Porque, ¿quién más que un poeta para dotar de plurisignificación a la palabra? ¿Quién más que un poeta para hacer perdurar las lenguas, es decir, la cultura? La palabra lluvia, por ejemplo, vista a través de la ventana de la poesía, podría ser, entre otras cosas, una mujer que pasa rápidamente abriendo un paraguas, un caballo bajo un rancho de paja o, en el mejor de los casos, si el contemplador fuera Vicente Aleixandre, una cintura lista para estrecharse:

La Cintura no es rosa No es ave. No son plumas. La cintura es la lluvia, fragilidad, gemido que a ti se entrega. Ciñe mortal, tú con tu brazo un agua dulce, queja de amor. Estrecha, estréchala. . . Sombra del paraíso, Vicente Aleixandre

Porque las metáforas, antes sentadas en los tronos de la poesía suntuosa, almidonadas como las ropas de los clérigos y los eruditos, hoy en día se extraen de las canteras de la cotidianidad. Escaparon del papel y se cruzaron con las especies del habla popular dando como resultado imágenes mestizas como nosotros mismos. La identidad del lenguaje es polígama como la nuestra, extraviada está como un ciego sin lazarillo. Asimismo, el poeta que por siglos había esperado la presencia de la musa al borde de su escritorio, empieza a dedicarse ya no tanto a la contemplación de su interioridad sino a ser un caminante observador de su entorno y un comparador incesante de este con otros, un flâneur –como diría Walter Benjamin sobre Baudelaire–, una figura inmanentemente urbana, con raíces, sin embargo, en los ociosos de la antigüedad, quien, debido a la desaparición de lo pastoril y al sepelio de los símbolos en desuso, no cuenta ya con interlocutores.

Así pues, sin desacralizarse, el oficio poético se viste de campesino, de cerrajero, de padre o madre de familia. Las palabras empiezan a ser humanas: se pueden tocar, oler, poner en la

mesa, colgar y secar en la ventana de un cuarto piso, desear y desvestir como un cuerpo que espera, tembloroso, la noche. La rosa se populariza hasta el margen de venderse a millares en las calles. La podredumbre, lo deforme y lo inconexo toman su asiento en la estética, sin distinción de género ni color. La paloma deja de simbolizar la blancura y la paz, y se vuelve un huésped indeseado de las plazas y las páginas, casa de gusanos y moscas.

Aunque parezca increíble, la ciencia del lenguaje, en su proceso de consolidación, en su paso de lo tradicional a lo moderno, coincide con el camino de la poesía. Una y otra, en nuestra lengua, partieron de la cosmovisión griega hasta el punto de no ser capaces de cambiar de molde (aún hoy hay esquiras de esas cadenas en lo que hablamos y escribimos, aunque con un poco más de libertad y capacidad de ruptura). He aquí, brevemente, una hagiografía de la poesía, que no desconoce que con ella: en sus alas y en su sangre, por ser su padre, el lenguaje erraba; antes de ser escrita por primera vez, ya iluminaba nuestros rostros. Alternativa humana para curar la frialdad que dejaba la ausencia de los dioses y para ahuyentar las fieras. Diálogo primitivo y estelar con la incertidumbre de existir sin una procedencia recordada. En la caverna, hombres y mujeres alrededor de las poéticas llamas asaban el amor. En los cultivos, los niños, poetas primigenios, jugaban a ser como los pájaros.

Con el paso del tiempo, y teniendo a mano el milagro de la escritura, fueron narradas las glorias de los pueblos, la valentía de hombres y mujeres que provocaban confrontaciones entre imperios. Cuando el poeta subía al lado del político y el sabio, la gente empezaba a encontrar respuestas acerca de cómo subir al cielo; entonces nació la filosofía y se propuso que, para el buen funcionamiento de la República, la belleza se fuera al exilio. Esta fue la instauración de la indigencia.

El mundo se quedó a oscuras. No hubo noticias de la poesía por muchísimo tiempo, hasta cuando un hombre, un día de los primeros años del Siglo XVII, despertó con la idea de escribir un poema sobre la locura. En un personaje de brazo potente –quizás para vengar su manquedad– puso todo su resentimiento contra la mezquindad de una época creyente en dragones y caballeros. Murió en la pobreza total, sin saber que su nombre suscitaría por siglos la admiración y el merecido elogio de estudiosos y amantes, tanto como para pensar que el

humano, después de todo, no es un ser tan miserable.

Los años trajeron al mundo guerras, pestes, incendios y, de igual manera, descubrimientos trascendentales. Acabaron las monarquías y se fundaron dictaduras que perduran en nuestro tiempo. A los poetas los fusilaron, los mandaron a las cárceles, les pusieron mordazas, se refugiaron en el suicidio, murieron misteriosamente en las madrugadas de septiembre. Sin embargo, la poesía sobrevive.

CAPÍTULO 21: LA LLUVIA NOS TRAE A LOS MUERTOS

HAY UN HOMBRE a quien amo. Lo estoy recordando, ahora, a cuatrocientos kilómetros de donde, seguro, debe estar dormido. A cuatrocientos kilómetros de casa y a una fracción de eternidad de la niñez. Una tarde sepia en que recolectábamos café, la lluvia cayó de súbito entristeciendo a los perros y haciéndonos ocultar a él y a mí bajo la ancha fronda de un palo de lembo. No había silencio, había un viento estruendoso con el que las palabras de aquel señor llegaron a mí: «Este sábado tendrás la plata completa para comprar tu máquina de escribir. Tu trabajo de todos estos días ha valido la pena».

Ahora don Pedro duerme. Esta tarde en la que escribo, no en la máquina en que hice mis primeros poemas, y que sorbo un café que no recolectaron sus manos, mi abuelo duerme. La lluvia me lo trae desde la alta montaña risaraldense hasta una calle de la vieja Bogotá. Es la lluvia, que algún día tocó sus manos, la que ahora me acaricia el rostro. Esta lluvia, que ahora adquiere el sabor melancólico de mi piel, tal vez mañana va a caer sobre el pasto de su tumba y va a filtrarse hasta su cuerpo para fertilizar su corazón. Un árbol de cafeto o una platanera que amen los turpiales podría brotar de ese corazón enterrado.

También tengo ahora el recuerdo de los recolectores envueltos en plástico, inmóviles, de manos arrugadas y cabezas gachas, bajo la misma lluvia. ¿Qué esperaban aquellos hombres jóvenes, morenos, cuando escampase? ¿Que cuando se disipara el lampo de agua hubieran pasado años y que sus cuerpos, revueltos en la tierra con hojarasca y lombrices, ni siquiera las gallinas ciegas en su hambre infinita, al escarbar, pudieran encontrarlos? Hay, sin embargo y esto es una súplica de amor una imagen, un recuerdo de la lluvia que no quiero tener:

Hace apenas días
Hace apenas días
murió mi padre, hace apenas tanto.
Cayó sin peso, como los párpados al
llegar la noche o una hoja cuando el
viento no arranca, acuna. Hoy no es
como otras lluvias hoy llueve por vez
primera sobre el mármol de su tumba.
Bajo cada lluvia podría ser yo quien
yace, ahora lo sé, ahora que he muerto
en otro.

Este poema magistral es de Hugo Mujica. Me

rehúso a que un día llegue a conmoverme por algo más que la novedosa unión de sus palabras. Su imagen duele, no se lee sino que se ve caer, sin remedio, en los charcos de la mente. Me rehúso a leerlo un día y que me duela más allá de sus palabras. La poesía a veces nos permite perpetuar a las personas. La lluvia no: la lluvia nos trae a los muertos. Óscar Milosz bien lo decía: «Los muertos están ebrios de lluvia antigua y sucia».

CAPÍTULO 22: UNA ORACIÓN POR EL MAL

HACE 150 AÑOS murió Baudelaire y tal vez sea el poeta cuyo nombre vaya a invocar todos los días de mi corta vida. El único dios al que me voy a encomendar en las noches que destilen angustia y cuyas *Letanias a Satán* vaya a murmurar en tiempos como estos en que tanto suena en Colombia la abominable algazara del catolicismo.

Los buenos poetas, por lo general, son presentados por la casualidad, que también es una cita. A este genio incomparable me lo presentó un libro de Barba Jacob. *Padre luciferino*, lo llamaba, hecho que me hizo anotar su nombre en mi libreta colegial para buscar sus poemas en la única sala de Internet que entonces había en Santa Rosa. Cuando lo hice, la señora que atendía el lugar me dijo que no había papel para imprimir; me vio el espíritu tan afrentado –quiero decir, con la lágrima al borde del ojo– que decidió imprimir algunos de los poemas de *Las flores del mal* en una delgada hoja amarilla de la máquina facturadora. Y salí de allí con esa especie de caligrama a la manera de Walser a sentarme en el Parque de los enamorados.

El primer poema que leí fue *Obsesión*. . .

Se hizo entonces la oscuridad. Una oscuridad nueva, transparente, que me permitía verme en el mundo, reconocer mi camino: el de la soledad que uno no quiere que nadie le arrebathe: la soledad de quien camina a la deriva. *Esa risa amarga del hombre vencido* que Baudelaire encontraba en el mar, por primera vez yo la escuchaba en la carcajada de la noche que salía de ese poema, del que ofrezco esta modesta traducción:

Grandes bosques, me aterran como las catedrales; aúllan como el órgano, y en nuestros corazones malditos, habitaciones de luto eterno donde vibran estertores antiguos, responden a los ecos de sus De profundis. ¡Yo te odio, Océano! Tus saltos y tus tumultos, mi mente los reencuentra en ti; esa risa amarga del hombre vencido, llena de sollozos y de insultos, yo la escucho en la risa enorme del mar. ¡Cómo me satisfarías, oh noche! ¡Sin esas estrellas cuya luz habla un lenguaje conocido! ¡Pues yo busco lo vacío, y lo negro y lo desnudo! Pero las tinieblas son ellas mismas los lienzos donde viven, brotando por millones de mis ojos, ante

miradas familiares los seres desaparecidos.

Después de varios años el amor se convirtió en devoción cuando, gracias a la lectura de Walter Benjamin, conocí el gusto de Baudelaire por esa extravagancia en la que consistía caminar. Para escribir el *Pintor de la vida moderna* –y para fundar la Modernidad– nos cuenta el filósofo que el poeta paseaba por la ciudad en concordancia con los *flanêurs* de la época: llevando de cabestro, con gran gallardía y ademanes finos, a una simpática tortuga. Este animal ha sido en su reino el hazmerreír, en la historia ha estado más en la oscuridad de su caparazón que a la luz de la vida, de la acción. Pocos, como Zenón, se han preocupado por devolverle la dignidad: dispuso la matemática a su favor, de manera que por más veloz que fuese la liebre, por más astuta que se mostrara y más ágil, llegase siempre en segundo lugar. También el búho se ha llevado los créditos como símbolo de la inteligencia. Pero el búho es inteligente por naturaleza: es bello y nocturno, aéreo y cazador, veloz y silencioso. La tortuga ha sabido esperar, ha tenido que construir su inteligencia con paciencia, con su casa y sus tropiezos a cuestas, con el recuerdo del dedo señalador marcado en su espalda de piedra y aun así ha salido victoriosa. Además, en las líneas continuas y discontinuas de su caparazón un santo sabio de la China antigua tuvo la revelación de los ocho trigramas del I Ching. Por eso los paseantes franceses, tal vez, la escogieran para su compañía. Por eso es bello imaginar a Baudelaire, el mismo hombre que en plena Revolución Industrial salía a la calle armado con un rifle y la intención de matar a su padrastro, el mismo que quiso hacer una hagiografía de Satán con una parte de sus poemas y algunos de sus relatos. Aquel en quien Rimbaud y Verlaine veían al más alto poeta de su país, el maldito, el nigromante, el opiómano, yendo por los bulevares acompañado de este simbólico animal para que le marcara el paso.

Pero este texto no es una semblanza del genio, es apenas una infidencia, una experiencia de lectura que se comparte. Un atado de razones que hacen que vea en Charles Baudelaire al poeta que me cambió la vida. La poesía nos transforma con una constancia más precisa que la del tiempo. El músico magistral, el poeta, el filósofo, el bohemio que hay detrás de *Las flores del mal*, me cambió la vida, como lo han hecho también César Vallejo, Szymborska y tantos

otros. Pero es este señor a quien recuerdo día a día, a quien llevo conmigo a donde vaya, compañero de paseo por esta ciudad de árboles y atardeceres envejecidos.

Y esta es una oración por el mal, porque a veces el mal es más honesto y tangible que el bien y menos aleatorio. Es una oración por la memoria de Baudelaire, por la memoria de su obra. Porque regrese –por ingenua que parezca, que sea esta súplica– un poeta del mal, tan perverso y oscuro, que pasee por la ciudad tomándose todo el tiempo para la observación de la vida en su esplendor. Que regresen el peatón y la tortuga.

CAPÍTULO 23: MUJER A TRAVÉS DE LA MAÑANA



HÍ ESTÁ LA PROFESORA Las malas lenguas decían que su costumbre de llevar una pequeña flor de cañagria en el cabello era algo subversivo; sin importarnos lo que esto pueda inspirar quisimos que también la llevara en su velorio, para recordarla contenta, tal como aparecía sonriendo todas las mañanas. No quisimos quitarle los zapatos que usó desde que la vimos por primera vez, unos zapatos de tela azul que parecían acompañarla inclusive al dormir. Las personas que se hacen querer suelen no quitarse los zapatos jamás. Se comprometen con algo y con algo se mueren. Con los zapatos de siempre los matan. Contra toda estadística saben matar a las personas que usan zapatos azules. Es un método simple: nadie en la comunidad sería capaz de faltar al velorio de esta clase de personas; viven en la escuela, un lugar estratégico para echarse un discurso de presentación. Por lo general, tienen una jaula con dos turpiales al lado izquierdo de la ventana de su dormitorio que da a los cafetales. La profe. Matarla. Esperar el tiempo suficiente para que todos estemos reunidos, como ahora, imaginando cómo la habrán metido a ella y a sus ideas en un ataúd tan pequeño, y decir: qué pesar, señoras y señores, sean ustedes bienvenidos, no tuvimos otra opción, permítanos un momento. Reclamen una aguja capotera a la salida. Lo que vamos a decir no tardará.

Uno se pregunta quiénes son estos señores armados y por qué se persignan tanto al hablar, por qué prometen pavimento en los cafetales. Parecieran militares si no tuvieran cara de taladores de árboles, o al menos de peritos en la aserradura.

Alguien dice ¡carajo! Para mí que estos señores mataron a la profe solamente para reunirnos en la escuela, donde no quedaría nadie sin recibir sus amenazas. Nos van a comenzar a matar a los hijos porque son ladrones, una cosa inimaginable. Se van a venir a comer a los marranos y a molestar a las muchachas más bonitas bajo el palo de limón. Y otro agrega: usted es muy ingenuo, estos señores apenas quieren, con buenas intenciones, reemplazar al café –cuyo precio es una cosa muy vergonzosa– por nogales y cedros que aserrar, un negocio que si miramos bien nos conviene a todos o para qué son pues esas sierras que trajeron. Y el más inteligente señala, ninguno tiene la razón, estos señores son tan transparentes como el gobierno

de Belisario Betancourt, alma sin pecado concebida; ante lo que el más torpe objeta que hay que desconfiar de ellos porque no hacen más que persignarse y supongo que Dios debe estar mamado de que le digamos que el Cielo puede ser lo que se nos antoje, quedando al descubierto su farsa. Un día de estos va a pedir asilo político en otro universo y, ¡qué mierda!, que la muerte me deje de patear, de una vez por todas, al perro: no me crea tan pendejo, pobre animalito, que se nos salga del rancho.

Se nos va a caer el bahareque, se nos va a ver de afuera la cama haciendo de cocina y de armario y de rincón para hacer el amor a pesar de todo, porque hacer el amor no debe faltar en una casa que se está cayendo porque se le metió la muerte y, lo más obsceno, qué vamos a hacer cuando se sepa que las gallinas están durmiendo con el niño, le van a pegar el frío de la tierra y él les va a contagiar su llanto de modo que nadie podrá comérselas y hasta el río las va a escupir.

Ahí está la profesora. Debió hacernos caso cuando le dijimos que ella no estaba exenta de morir al levantarse, con un puñado de arroz, a saludar a los turpiales. Fue muy terca para creer que una bala no podría matarla aun si le rompiera la frente endureciéndole el cerebro. Como si una persona con pies vestidos de azul no pudiera ser asesinada en una mañana de sábado, el día más hermoso del mundo. ¿Cuándo se ha visto? Quisiéramos –para qué negarlo– calzarnos sus zapatos, pero coincidimos en que nos será de mayor ayuda que cada uno se ponga los suyos y muera con ellos, y empiece a incitarle los perros a la lluvia, y vaya hasta los barrancos a arriarle la madre a la tristeza y la nostalgia a los recolectores hacia otras montañas. Los recolectores tristes no cantan. Se nos perdió la cuenta del tiempo que lleva el cafetal en silencio. Necesitan otras montañas. Todos necesitamos otras montañas, pues todos somos recolectores. Se nos perdió la cuenta del tiempo que llevamos sin despertar porque no hemos dormido. Eso de que nos vayan a matar a los hijos, además el olor de sexo mezclado con azahar y hortensias más los chillidos que vienen del patio no dejan dormir a nadie.

El mundo tiene un tubo roto en la mitad de la cabeza. Si al menos la muerte y la lluvia atacaran por separado. . . Tal vez lo mejor será ponernos de una vez por todas la ropa que nos

gustaría llevar cuando muriéramos, celebrar el fin de las angustias que no llegará nunca; hacer el amor como si se trata de la última vez, uno no sabe; decirle a las muchachas –ya perdió el sentido esperar– vayan y acuéstense con quienes quieran antes de que vengan a molestar a las que faltan bajo el palo de limón. No habrá futuro: no habrá un matrimonio al que llegar vírgenes, ni una virginidad que llevar al matrimonio. Ni siquiera va a haber una muerte. Habrá algo oscuro, chapaleando en el mundo que tiene un hueco en la mitad de la cabeza, por donde se entra un agua triste que nos inunda.

Tal vez lo mejor será guardar en la mochila un puñado de tostadura con que hacerse un café en el camino, un bulto de maíz porque un desayuno sin arepas, cuando uno se está muriendo, es una cosa muy deprimente, y salir hacia ninguna parte, donde sin lugar a dudas no debe estar lloviendo ni han venido unos señores a aserrar, que a juzgar por sus uniformes pueden ser militares. Ni está la muy pendenciera de la muerte pisoteándonos el jardín y pateándonos al perrito, maldita sea, cuando sabemos que no le ha hecho nada; ni amanecemos aburriendo a Dios con tanta quejadera y, ¿por qué no?, haciéndole pensar en dejar de trabajar para el gobierno y buscar una vejez honesta. Ni tenemos patas de piedra arácnida en nuestras manos, ni en las espaldas desnudas de las mujeres, revolviéndose todavía por efecto del veneno, reclamando su cuerpo macheteado. Ni hay carne de gallina que tendríamos que comer aunque supiera a llanto de niño, ni mucho menos, claro está, una mujer muerta con una flor de cañagria en el cabello y unos zapatos sin ninguna salpicadura de la maldita esperanza.

CAPÍTULO 24: EL APRENDIZ DE TAHÚR

Yo de pequeño, en vez de cazar pájaros,
construía jaulas para cazar nubes.
Trejos Reyes



MI PRIMER ACERCAMIENTO Mi primer acercamiento a la poesía se debió a una desaparición. Nuestra niñez estuvo rodeada de palomas hambrientas y de perros flacos. De vez en cuando recibíamos la visita de un tío materno cuya profesión era la de ser andariego. En medio de sus viajes en busca de cosechas de café o de coca aprendía trucos de magia (entre ellos el de la escritura), leyendas y trampas para pájaros, que luego nos enseñaba a mis hermanos y a mí. A finales del siglo pasado subió a un avión con rumbo a lo desconocido y desde entonces hemos estado, sin querer, olvidándonos de su rostro. En medio de mi ingenuidad de niño empecé a escribirle con cierta frecuencia cartas que nunca leería hasta cuando una tarde de escuela nuestra única profesora me regaló, no sé si para mal o para bien, una antología poética de Barba Jacob con el argumento de que las cartas que escribía eran poemas y que, por lo tanto, ese libro me iba a inspirar en el camino que, según ella, estaba emprendiendo.

Tenía miedo: ignoraba a todas luces qué era aquello de la poesía -hoy tampoco lo sé-, y de qué manera un libro de Barba Jacob me iba a ayudar a escribirle a mi tío los percances que tenía al marcar un naipe o la duda permanente al respecto de en qué punto del camino de zarigüeyas era mejor dejar el racimo maduro con el cáñamo fatal. Sin embargo, en muy pocos días, deslumbrado por *las Rosas negras* de Porfirio cambié mi pelota de trapo y mi caja de herramientas de aprendiz de tahúr, por el camino solitario de la poesía tan lleno de armas macabras. Y así, ese niño pasó de ser cazador de pájaros a víctima de las trampas del lenguaje.

Sin lugar a dudas el primer problema al que me enfrentaba como poeta novato era el de la forma. Ahora, con el paso de los años, ahogado en mis papeles que son la proporción de mis fracasos, reconozco la falta de importancia que encierra esta preocupación. Ya decía Darío: «yo persigo una forma» y agregaría, cuando notó el mal que esta causaba en sus lectores que empezaban a imitarlo: «mi forma es mía en mí...». El hecho mismo de declararse dueño de la forma que usaba era una paradoja, como si escogiera cuáles fueran sus palabras, en un acto egoísta, y las privatizara para su uso exclusivo: recordemos que el modernismo, cuya invención

habían puesto sobre sus hombros, no era más que la mezcla del tropicalismo con los mejores recursos de Verlaine y Baudelaire, sin olvidar la influencia innegable de la lírica aérea de Bécquer. Así pues, admito con vergüenza que el primer inconveniente que tuve que solucionar al momento de escribir fue el de encontrar un molde para vaciar lo que quería decir. *Construía jaulas para cazar nubes*. No me preocupó lo esencial, en palabras de Giovanni Quessep: El poeta no teme a la nada. Sabe de la existencia de lo que nunca ha sido dicho, de lo que aún no tiene nombre en los ideogramas de la escritura divina: cree en la palabra, pero también en el silencio, en lo callado, en lo oculto, en lo que podría hacerse fantasma a la luz de la vigilia o abrasadora presencia en la penumbra del sueño. . .

Ignoraba que pensar en la forma no es indispensable a la hora de escribir poesía. No sabía que la técnica: aprenderse el sinnúmero de figuras literarias que existen, no sirve para nada cuando nos enfrentamos a la creación poética, pero que no existe poeta sin técnica o que no utilice las figuras literarias que más les convengan a sus versos. Mi ignorancia de aquellos días se basaba en escribir como el autor que leyera en el momento; así, por ejemplo, si leía a Lorca, escribía -o simulaba escribir- romances; si leía a Eduardo Castillo, escribía sonetos; si leía a Emigdio Alcázar, escribía versos pareados de odio. Si leía a Baudelaire. . . Ah, vaya encandilación la que me produjo *Las flores del mal*, no había acabado de leerlo cuando ya sabía que iba a ser un libro que nunca dejaría de visitar. Sin saberlo, estaba ante la modernidad. Baudelaire era para mí entonces una perfecta anacronía: se me presentaba por delante de todos los poetas contemporáneos de mi país en visión y profundidad. Nacido más de un siglo antes, era la verdadera vanguardia, un poeta imposible de situar: padre de todos e hijo de sí mismo.

En este punto del camino supe que los verdaderos poetas no pertenecían a ninguna época, y que la poesía estaba por encima, incluso, de sí misma. La única preocupación que debía tener era la de presenciar el milagro y dejar su constancia. De esta manera, para mi sorpresa, encontré que aun la prosa era una buena forma para poetizar y que Cervantes era un poeta insuperable. *El Quijote* es un poema donde realidad y ficción se entrelazan y pasan a ser un solo mundo, cuyos habitantes, incluso nosotros mismos, se confunden en los límites de

lo inasible. Si fuéramos los seres humanos invención de un poeta como Miguel de Cervantes, seríamos realmente seres superiores.

El mundo que posibilita la literatura es perfecto en contraposición al nuestro.

¿Para qué sirve, entonces, la técnica en poesía? Para saber cómo han funcionado los engranajes de los poemas que nos gustan; para saber, pero no es necesario, cómo escribimos nosotros mismos. Para nada más, porque así mismo como un poeta no es aquel cuya biografía excede todo pronóstico de exceso o miseria, tampoco es quien carga en la memoria todo el peso de la retórica. Un poeta es quien regresa a la infancia a pesar de saber que esto es imposible y, por consiguiente, tal vez la felicidad, y desempolva su caja de herramientas de aprendiz de tahúr y baja del árbol del olvido su pelota de trapo.

CAPÍTULO 25: CAMINAR ES YA TENER UNA CASA

Caminar es ya tener una casa
Escribir es ya tener una casa.
Robinson Quintero Ossa

OR LA ANCHA CARRETERA

Por los bosques enanos, para recordar a Rimbaud, son muchos los poetas que han caminado sin un destino y, en ese no saber a dónde ir, han encontrado la verdadera razón, o impulso, de vivir.

Tiene mucha congruencia arrojarse a las calles y dejarse llevar por los pies a donde quieran ir cuando no hay en el mundo un solo lugar donde sentirse a gusto. Tal vez a un cuerpo, que alguna vez fue habitado por la misma angustia de uno, o en un libro imprescindible por un verso que salva una memoria, o en una mesa de un café con vista a las multitudes que nos reclaman. Pero los cuerpos, como los libros y las mesas, se ajan y nos olvidan. Cuando damos vuelta por la soledad de otros, o la nuestra, repleta de plumas negras, de tazas de café agrietadas, ya no nos reconocen, y ahí es donde se agudiza la atracción de los caminos.

Añadido a esto se encuentra el hecho de que habrá pasado mucho tiempo desde la muerte del campo en la poesía, aunque podría pensarse en la obra de Rulfo como una resurrección y, en esta época, en la que tal vez se haya muerto todo, es más notoria esta traslación del poeta a la ciudad. Imaginar a Baudelaire en la ejecución feliz de su *botánica del asfalto*, como lo calificaría

Walter Benjamin, embebido en la contemplación de la vida moderna, en los rostros de las muchachas, en sus colores, en la disposición de las cortinas –que tanto hablan de quienes ocultan–, en las cruces que hace el tiempo en la arquitectura, en la intromisión en la ciudad por parte de los bulevares, cuyo remedo: los centros comerciales, hoy en día son el punto de encuentro de la nada. Imaginarlo después, frente al papel haciendo sus anotaciones, componiendo su música celeste, es otra manera de entender lo que Sabines dijo para salirle al paso, por pudor, al hecho de sentirse poeta en comparación con espíritus como los de Hölderlin, Trakl, en cuyas orillas uno puede sentir soplar los fríos vientos de lo eterno: *No soy un poeta: soy un peatón.*

Asimismo confirma esto la inagotable cantera que es la ciudad para la poesía, en la que las

voces antiguas se mezclan con las nuevas para quedarse en la palabra de quienes la transitan. Caminar por Bogotá es sentirse de ninguna parte. Es reconocer que el fragmento de tierra donde se nace, por mucho que hable por nosotros, es ninguna parte. Nadie ya parece venir del viejo pueblo donde, en 1896, José Asunción Silva le abrió vuelo al *pájaro azul*. Ese pequeño pueblo que intenta sobrevivir incrustado en una ladera de la indolente capital, que perdió su color por adoptar el de la tristeza y que ahora está habitado por los turistas, esos deprimentes peatones, ruidos lamentables del paisaje. Caminar por La Candelaria, con todo, es un consuelo por haber perdido la tierra de la infancia.

Como Robert Walser, exaltador de la luz y del camino, hermano de los abetos, pájaro del día, quien en la mañana del 25 de diciembre de 1956 salió a pasear a un ritmo muy acelerado para sus 78 años y, al ascender por un costado del monte Schochenberg, siente que los latidos del corazón se apagan y cae muerto sobre la nieve, pareciéndose sin confusión a Sebastian, joven poeta, a quien encuentran congelado los hermanos Tanner en su novela de 1907; habrá que volver al campo, empezar a caminar lejos de la fiesta del mundo. No tenemos una casa, nuestras pertenencias caben en unas cuantas páginas, *¿qué puede reivindicar mejor nuestra existencia que morir caminando?*

CAPÍTULO 26: MANERAS DE DESPEDIRSE

NO SÉ de qué manera ustedes estén planeando su suicidio. Solo recuerden innovar y tener en cuenta la vasta antología de suicidas que tiene la literatura. En Colombia, por ejemplo, un país donde quienquiera puede postularse al premio de mártir, o recibirlo sin estar postulado, resalta el caso de José Asunción Silva, nuestro joven *Werther*, de quien hay un sinfín de versiones en torno a su muerte, entre estas la de haberle pedido a su médico de cabecera que le marcara en el pecho la localización exacta del corazón para dispararse, aquella madrugada de mayo de 1886, sin lugar al error. Tampoco podríamos olvidar a Carlos Héctor Trejos, el poeta riosuceño cuyo fantasma tanto ha recorrido mi palabra. La segunda semana de septiembre de 1999 lo encuentran muerto en su habitación. Nadie sabe en concreción si se suicidó o no, pero su poesía toma mayor coherencia y profundidad a raíz de esa enigmática muerte.

De la misma manera, hemos tenido suicidas que se han muerto de viejos, no por falta de avidez sino de sentido práctico, como Emigdio Alcázar, el autor de *Región del odio* que, en 1986, mandó un poema testamentario repartido en cartas a sus cinco amigos más cercanos, donde les daba a entender hasta la saciedad que su cuerpo, cuando estuvieran leyendo aquello, no podría ser encontrado. Las cartas llegaron en el tiempo previsto, una hora después del acaecimiento, sus destinatarios lamentaron el hecho e, inclusive, pensaron crear una fundación cultural en su nombre con la finalidad de reunir dinero para publicar su obra completa, y para crear y mantener un premio en su memoria. Días después, recibió una carta cada uno que no venía del más allá, sino de Zaragoza, España, donde pedía disculpas por el mal trago y explicaba cómo le había sido entregado un nuevo cargo burocrático que ahora le tenía de amigo de la vida. *Prometo que uno de mis dos próximos intentos de suicidio tendrá que salirme bien*, agregaba.

Pero no todo es tan patético. Al salir de nuestra república de palomas, desde luego, nos encontramos con la despedida de André Gorz, filósofo francés, y su esposa Dorine. Ambos sobrepasaban los ochenta años cuando decidieron suicidarse juntos para no tener que estar en el funeral del ser amado, no sin antes escribir al costado de su lecho las siguientes palabras dirigidas a la alcaldesa de Vosnon, el pequeño pueblo donde residían: *Querida amiga, siempre supimos que queríamos terminar*

nuestras vidas juntos. Perdona la ingrata tarea que te hemos dejado. Esto se ve propio de un romanticismo rezagado, sin embargo quien se encuentra leyendo estas palabras, evidentemente, nunca ha tenido la certeza de matarse; quizá, sí, ha imaginado a Sylvia Plath en el momento de partir y habrá encontrado en ello la poesía, pero no sería capaz, como ella, de preparar el desayuno para sus hijos, pan, mantequilla, leche, volver a la cocina donde acaba de prepararlo, cerrar la puerta, tapar los resquicios con toallas, meter la cabeza al horno, abrir el gas y, como si faltara más, coincidir con sus propios versos:

La mujer alcanzó la perfección. Su cuerpo muerto tiene la sonrisa de la consumación, la ilusión de una fatalidad griega fluye en los pliegues de su toga, sus pies descalzos parecen decir: hasta aquí llegamos, se acabó. Cada niño muerto, serpiente blanca, cada ínfimo cántaro de leche, ahora vacío. Ella los atrajo de nuevo para su cuerpo como pétalos de una rosa que se cierra cuando el jardín se petrifica y las fragancias sangran en las gargantas dulces, profundas, de la flor nocturna. La luna no tiene por qué estar triste mientras observa desde su cofia ósea. Está habituada a este tipo de cosas. Sus lutos crujen y se arrastran. [1]

Muchos de los suicidas más recordados han dejado toda una suerte de curiosidades como las que hemos visto, cartas, instrucciones o libros abiertos en una página cómplice en sus mesas de noche pero, quizá, una de las más bellas y célebres maneras de despedirse es la de Jean-Joseph Rabearivelo, poeta malgache nacido en Tananarivo no se sabe a ciencia cierta si en 1901 o 1903, y muerto el 22 de junio de 1937. El siguiente poema[2], última página de Cuadernos Azules (su diario inédito) demoró en escribirse 63 minutos:

A las 14 horas menos 9 minutos de mi reloj, tomo 14 píldoras de 0 gramos 25 miligramos de quinina, para tener la cabeza bien pesada y aturdida. Y un poco de agua, para tragármelas. A la edad de Guérin, a la edad de Deubel, un poco más viejo que tú, Rimbaud anti-nada, dado que esta vida se nos muestra demasiado rebelde y que la abeja ha agotado todo polen posible, no

queda nada por disputar, nada que aguardar, (salvo), tendido sobre la arena o la piedra, bajo la yerba, echar una mirada tierna sobre todo aquello que algún día formará gavillas. ¡Una mirada tierna! Ternura de la ausencia, en la Nada, la Nada en la que no creo lo suficiente. Pero ¿qué presencia más pura puede haber que la de estar rendido a ti, oh dulce Madre, oh Tierra? Todos nos reencontraremos en tu soledad poblada y desierta como el océano. Y cada vez que aquí arriba sople el viento del sur los de abajo charlaremos de los supervivientes. Qué raíces de flores vendrán entonces a bebernos para calmar bajo el sol semejante sed de frutos. Los girasoles del atardecer se inclinarán sobre nosotros y el Murmullo vendrá a enterarse de nuestros secretos. El Murmullo, el Murmullo humano- ¡vanos rumores de conchas para los marinos adormecidos por el sueño de la tierra! El Murmullo, el Murmullo humano, idéntico siempre a través de los tiempos y que sólo en la morada de los muertos se libra de unas cuantas de vuestras miserias. Pero ya siento el olor del polvo y de las yerbas; ya escucho la llamada de mi hija; ¡ah! por poco que el olvido haya silueteado vuestros ojos de tierra ¡acordaos alguna vez de nosotros, tranquilos en nuestras grutas! Pero no lo hagáis para verter lágrimas junto a nuestras puertas cerradas por el silencio, sino para pensar que, un día, no habrá nada extraordinario en ser guiados por nosotros en el fin inmenso. (...)

A las 14 horas 37 minutos de mi reloj. La quinina comienza a hacer efecto; en un poco de agua con azúcar, voy a tomarme más de 10 gramos de cianuro potásico. (...)

-Beso el álbum familiar. Envío un beso a los libros de Baudelaire que tengo en la otra habitación. -15 horas 12 minutos. Voy a beberme esto- ya está. Mary, hijos, mis pensamientos, mis últimos pensamientos, son para vosotros.

Ingiero un poco de azúcar. Me ahogo. Voy a tumbarme.

Hay que ser muy fuerte, como vemos, hay que estar muy desahuciado para tomar una decisión como esta. Tal vez los años pasen y traigan la reivindicación de la vida. Tal vez un día los desaparecidos vuelvan a tener un rostro y la

palabra memoria tome otro sentido. O tal vez lo mejor sea acomodarse en la angustia y dar gracias por lo que nos queda: los caminos y el café. Eso sí, sea como fuera, que nadie escoja nuestro modo de morir.

CAPÍTULO 27: PLEGARIA PARA DELFINA

DELFINA, HANPASADO casi once años desde que la poesía te perdió y apenas, hasta ahora, me llega desde Argentina tu libro *Tiempo efímero*, titulado con tanto acierto y dolor. Puedo imaginar bien el accidente, he visto también venir de frente un camión desbocado, he estado inconsciente por minutos que parecían horas. Desperté y vi la sangre, la familia rota. Oí los gritos, crucé la calle buscando a mi hermano menor entre los desconocidos y me sentí vivo, no al saberme respirando de nuevo dentro de este mundo indeseable, sino al encontrar una triste sonrisa en un pequeño rostro. Por eso puedo imaginar bien el momento en que el camión embistió al bus escolar, el instante preciso en que el choque apagó de súbito al día y en que tus ojos se cerraron para siempre. Dos conductores murieron, una profesora, ocho estudiantes, y una poeta. Una pianista estelar, un espíritu con un millar de manos.

«Muere joven aquel a quien los dioses aman», escribió Pessoa en la muerte de Mário de Sá-Carneiro, su gran amigo, evocando a Plauto. «Hoy, falto de ti, soy dos a solas», lamentó. Le dolía la muerte del poeta por ser temprana y sobre todo por la pérdida del genio, por la interrupción de un talento desbordado y original, como el tuyo. Veintiséis años, diez más que tú tenía él cuando se suicidó. Ángeles desterrados que parecieran escribir para poder morir o cuya muerte pareciera ser la única justificación de su escritura.

A los ocho años escribiste estos versos: «La luna va detrás de mí/ impidiendo la muerte/ que se desarrollará mañana a primera hora» (37). A la misma edad, José Asunción Silva hacía su primera comunión y le dedicaba unos versos a las estatuas de los santos que vio en el templo. En ti había autenticidad y en él un hábito de sahumero español. La poesía en ti era natural, espontánea, la respirabas. A los nueve tomaste la pluma para escribir *El tiempo*, un poema sublime, que terminaba así: «Yo no hice la escritura/ la hizo mi mano con su mente/ porque la mano tiene tierra en su pecho» (50). Te veías toda como una mano, como una mano de niña en vísperas de la muerte. Cada respiro era una víspera fúnebre, un último respiro.

Delfina Goldaracena, yo quise morir a tu edad. Muchas veces me iba a la cama deseando no despertar. Sentía que la poesía era un peso insoportable, las lecturas me ensombrecían. Sin embargo, sobreviví a las palabras y a los disparos: crucé los caminos de la montaña y

quienes me esperaban para encegüerme se dormían, o se cansaban de esperar porque me desviaba por seguir lo que decían las cañadas. Crecí y aún tengo en mi cuerpo montañero un joven de tu edad, una niña como tú ante el piano, una caterva de perros envenenados por mis pasos cansados. Sé lo que es desear la muerte con todas las fuerzas y no poder morir. Por eso te escribo, me escribo, esta carta.

«[...] lo único que queda son las hojas/ de cada libro» (56), le escribiste a tu madre en 1999. Queda tan poco, poeta, y es tanto lo que queda. Un manojo de palabras desesperadas que alcanzaste a liberar de la jaula del lenguaje, tu voz de niña atrapada en el papel buscándole juego al lector. Rezo para que encuentres muchos corazones dispersos por el mundo que quieran jugar contigo. Yo te ofrezco mis manos para que perpetúes los colores de tu mundo, para que dibujes en los muros y en los tableros lo que sueñas. Yo, que le digo a la gente que no recuerdo los sueños, para que una mujer que amo no se entere de que la sueño soñándome sepultado en un cementerio de elefantes. Te ofrezco la pelota de trapo de mi infancia que corre en mis poemas, los animales y personas que me sobrevivieron y que ridiculizo en mis palabras.

Te ofrezco mis tenis azules para que sigas andando la noche, mi columpio favorito en el Parque Brasil de esta ciudad glacial para empujarte cantándote una canción alegre saturada de color. Una plegaria. Pero no te ofrezco, no te ofrecería nunca mi país, aunque en él pudieran encontrarse un puñado de cosas dignas y unas pocas buenas personas.

Hay más por decir, pero las palabras duelen. Me despido dejándote claro que poetas como tú, aunque nos siembren el alma de impotencia, aunque nos quieran hacer escarbar la tierra con los dientes para encontrarlos, como decía Miguel Hernández, nos impulsan a seguir viviendo para amarlos y defender de la muerte su poesía.

La frontera negra Las sierras de Egipto que van más allá del horizonte las lagunas calientes los caminos desnudos vestidos de gris (es la frontera inquieta) los pájaros acabados las radios calladas mi mano ya se muere ¿Qué haré sin mi vida

El poema anterior, como todos los versos citados en esta carta, pertenecen al libro póstumo *Tiempo efímero* publicado en Buenos Aires en 2015. El 10 de octubre de 2006 Delfina

Goldaracena murió en un accidente de tránsito.
Tenía 16 años y ya era suyo el infinito.

CAPÍTULO 28: MARK STRAND Y LAS AGUAS DE LA INFANCIA

LAMPRENDER viaje a la infancia es tomar un camino a la inpenetrable oscuridad. En este descenso, imaginado a la manera de Orfeo o de Altazor, podríamos poner lo vivido en contraposición de lo soñado, y ya no sabríamos a cuál de estas dos esferas pertenecen los recuerdos.

Ya no sabríamos quiénes son los niños que aparecen en las fotografías y por qué nos han dicho que éramos nosotros, tan sonrientes, tan distintos a quienes ahora sorben café para no dejarse morir sobre un escritorio; ni sabríamos si los viejos se quedaron allí, en esa hermética atmósfera o, si como dicen, hay claveles brotando de sus corazones en este instante mismo en que me lees, o si las cicatrices de nuestras manos las talló el infortunio en esta vida o en la onírica. Viajar a la infancia podría ser, en fin, una asunción de las derrotas, pero para Mark Strand (1934-2014) es una inmersión en el agua de la evocación.

Sabemos que este poeta se ampara en el recuerdo como herramienta para hacernos, más que lectores, cómplices de sus versos. Tan alto es su nivel de empatía que logra que asumamos como nuestras, por ejemplo, las elevadas y niveas montañas que nunca hemos visto, el lago dormido que nunca conoceremos más que en sus poemas, de cuya superficie emerge la niebla como del lomo de un animal congelándose. Strand evoca blancos paisajes ajenos para nosotros, al menos en nuestra tropical y enloquecida cotidianidad, y nos sitúa a la orilla de su contemplación. Entiende que «Vivimos vidas de desarraigo/ y sólo permanecemos en un sitio/ lo suficiente para entender/ que no pertenecemos» (p. 18), sabe y pone de manifiesto que somos pasajeros y que la escritura no nos salvará del destino del viaje de la vida.

Esta reflexión nace del poema *Una caminata contigo*, pero verdaderamente donde Strand empieza a vislumbrar la idea del regreso, de la inmersión en la infancia, es *En celebración*: «Estás sentado en una silla», nos dice, «tocado por nada, sintiendo/ tu antiguo ser convertirse en el ser más viejo, imaginando/ sólo la paciencia del agua». Espera, mientras ve pasar por la ventana a la amistad y al amor, como si viera la película de su juventud. Espera, inmóvil. Sabe que la amargura y el dolor vienen del deseo, que la sanación consiste en entregarse a la nada y esa es la verdadera celebración. Sabe, en una bella paradoja, «que hay regocijo al

sentir/ tus pulmones prepararse para un futuro de cenizas,/ y entonces esperas, te quedas mirando y esperas, y el polvo se asienta/ y las milagrosas horas de la infancia vagan en la oscuridad» (p. 49).

En el anhelo por volver al origen, por recuperar la imagen primigenia, el poeta encuentra la infancia, el sosiego. De un modo similar, aunque más contundente y vasto, en el poema *¿Dónde están las aguas de la infancia?*, corazón de estas palabras, alcanza tanta luz en la expresión que encandila. El poema nos lleva de regreso a la casa paterna. «¿Ves donde las ventanas están tapiadas[...]?/ Este es el lugar donde debes comenzar». Allí empieza el recorrido, pasa por el cuarto que servía a los padres para el amor, sigue por las habitaciones que albergaron la inocencia, mira los perros ya desaparecidos, los vecinos que riegan el césped. Al avanzar, descubre que los padres, antes de encanecer, se encuentran ahora en el campo. De pronto, desaparecen, los arraiga la inexistencia.

Por último, el poeta conduce: «Ahora inventas el barco de tu carne y lo colocas sobre las aguas/ y navegas en el oleaje gradual, en la sal laboriosa./ Ahora miras hacia abajo. Allí están las aguas de la infancia» (pp. 64-65). Nos sitúa en la anterioridad de la vida, en la antelación de nosotros mismos. Nos da una visión que sería imposible fuera del mundo poético: la forma del vacío. A todas luces inconcebible, toma una textura, un sabor en nosotros.

Es en el tercer poema escogido, de título magistral, *Nuestra obra maestra es la vida privada*, donde las aguas que abordamos toman la apariencia del inconsciente. La inmersión del ser humano ya no es en el pasado, tan ajeno, ni en un ya mencionado «futuro de cenizas», sino en sí mismo. La vida ha sucedido adentro: «¿Hay algo, abajo en la ribera de las aguas, que se nos oculta,/ algún tímido evento, algún secreto de la luz que cae del abismo,/ alguna fuente de tristeza que no desea ser descubierta aún?» (p. 94).

Intuimos que lo oculto es mejor dejarlo donde está. Mejor no nadar en uno mismo como en un sueño pantanoso. Las imágenes poéticas de Mark Strand nos ofrecen, así, una puerta a lo más escondido que tenemos. Nos comunican en un espacio sin tiempo. Verso a verso, el poeta nos guía por su historia íntima, que se convierte también en la nuestra. Lo leemos para poder entrar a la muerte con los ojos abiertos. Strand,

M. (2011). Nada ocurra. Trad. B. Pérez Rego.
Caracas: bid & co. editor.

CAPÍTULO 29: MELODÍA HUMANA

Algunas anotaciones sobre la poesía en los tiempos que corren

TENGO LA IMPRESIÓN de que no podría vivir sin poesía aunque nunca haya vivido de ella. Es decir, creo, como Baudelaire, que «todo hombre sano puede pasarse dos días sin comer, pero nunca sin poesía», pero entiendo que hay que ser profesor (en el peor de los casos) para poder ser poeta. Del mismo modo no imagino un día en que no me visite un símbolo de lo perdido y me deje sembrado de nostalgias. Un momento en que no sienta que mis manos no son capaces de detenerse en las cosas. Una persona que no me haga una pregunta nueva y fatal con sus ojos desprevenidos. Y esa impresión nace asimismo de la pregunta que tal vez nadie vea en mis ojos de peatón: ¿para qué sirve la poesía? ¿Sirve para algo?

Porque mi inclinación a buscarle validez a los actos propios en su nivel de correspondencia con la dignidad humana, me ha hecho desembocar en la triste idea de que una persona activamente política es aquella que obra bien. Imagínense cómo podría uno interpretar esto: obrar bien. De manera que la respuesta parecería saltar a la vista: escribir poesía sería fútil si su foco no estuviera en la denuncia, en lo social. Y poetas como Giovanni Quessep, en ese sentido, edificando imágenes con gerifaltes, duendes, esfinges, jardines encantados, estarían perdiendo su tiempo. Sin embargo, evocando mis primeros años de juventud, cuando me cuestioné así por primera vez, comprendí gracias a este tipo de poetas que ya el hecho de decidir escribir poesía, aunque anacrónica, indiferente si se quiere, con el entorno inmediato, era una digna posición política. Una apuesta valiente por la resistencia, por la resistencia de espíritu. Por otro lado, se sabe que en este país el romance entre poesía y poder no ha dejado nada bueno. Basta mirar, aunque sea de reojo, el ejemplo de Belisario Betancur o el de Guillermo Valencia y su linaje.

Pero, para no exceder los linderos iniciales, hablemos ahora de la imposibilidad de definir la esencia del acto poético. ¿*Qué es poesía?* Se preguntaba Barba Jacob en su «Canción en la alegría», y respondía: *El pensamiento divino/ hecho melodía humana*. Por lo divino, en su caso, podríamos entender, lo apolíneo traducido a lo báquico. La agudeza, tal vez. La cordura excesiva, por lo mismo ininteligible, mas no tenida en cuenta como la incompreensión de los

románticos, sino como la búsqueda del ideal para vencer el hastío por parte de los simbolistas. Pessoa, por ejemplo, pensaba, y es muy conocido el verso, que «El poeta es un fingidor». Esa capacidad de fingir tanto «el dolor que en verdad siente» lo hacía distraer a la razón, enmascararse, traducir las fragmentaciones psíquicas más arraigadas, que los antiguos traducían en dioses, en heterónimos, volver al panteísmo de manera consciente. Gonzalo Rojas, tan cercano a nosotros, escribió que los verdaderos poetas «apuestan/ a ser, únicamente a ser». . . Y que Rimbaud los encendía cuando avisaba que había sido fundada la eternidad. «Pero la Eternidad es esto mismo». Definir la poesía es bello en sí mismo porque es imposible. Podríamos decir siempre lo que no es pero nunca lo que es.

Una certeza sí tenemos, en contravía de los académicos: la poesía no es, ni tiene, un género, y cada día deja de ser un oficio solitario. En Colombia, en realidad, con muy pocas excepciones, ha sido un asunto de la soledad. Este ha sido y sigue siendo un país de grupos, de filias al parecer con fobias congénitas. La gruta simbólica, Los piedracielistas, Los nuevos, la generación de Mito, en fin, han mutado y hoy cuando se cree que los poetas son insulas, dejan ver sus esquirlas, su herencia de indeseable sectarismo. Pese a esto, los hacedores de versos, tan parecidos en otros tiempos a los taxidermistas, tan renuentes a lo práctico, se empiezan a acercar cada vez más a las nuevas formas de escribir: los talleres, las carreras de creación literaria, las escuelas de escrituras creativas. Lo que significa que, no en todos los casos, claro, entienden que se necesitan unos a otros.

Que los espacios de diálogo, el debate, el cuestionamiento de las ideas en la esfera pública, son tan saludables tanto para la paz como para la poesía.

Para ir concluyendo, dedicarse a la escritura de versos en los tiempos que corren, cuando el prefijo «pos» se impone a la verdad, por desgracia, y al conflicto, si los númenes están de nuestro lado, es una decisión más vigente que nunca. Una necesidad social. Necesitamos más poetas, aunque a veces hagan tanta algazara los pocos que ya hay; necesitamos que se imagine, se cante, se funde y se celebre más. Necesitamos que se vuelva a creer de nuevo en la palabra, que la letra escrita recobre el valor que nos hemos dejado arrebatar. Le vendría bien el ditirambo a un país tan dividido como este, las

palabras que inventan los poetas a una sociedad que dejó de creer en los discursos reutilizados por los políticos. Permitamos que la poesía vuelva a las casas, que inunde los parques no sólo en la época de festivales, que se trueque de nuevo por amor o pan.

Busquémosla en los viejos anaqueles, en las hemerotecas, pero también en los blogs, en las revistas virtuales. Que se reemplacen por poemas las armas que deje la beligerancia.

Dejemos que sigan los poetas tendiéndose en la hierba «con una espiga entre los dientes,/ mirando las nubes», como bien lo anotó Szyborska, porque «Después de cada guerra/ alguien tiene que limpiar».